



BOLSILIBROS
EASA

FBI



Donald
Curtis

**INTRIGA
EN EUROPA**



FBI



EDITORIAL ANDINA, S. A.

© DONALD CURTIS

Derechos reservados por:

EDITORIAL ANDINA, S. A.

Poligono Industrial de Pinto. PINTO (MADRID)

Director responsable:

Gregorio Ovejero.

I. S. B. N. 84-06-02860-2

Depósito legal: M. 1.809 - 1981

Printed in Spain

LITOPRINT, S. A.

Villafranca del Bierzo, 32

Fuenlabrada (Madrid)

INTRIGA EN EUROPA

Donald Curtis

Todas las situaciones, personajes y entidades de esta novela son producto exclusivo de la fantasía del autor, por lo que cualquier semejanza con hechos actuales o pasados será mera coincidencia.

CAPÍTULO PRIMERO

Ya estaba allí.

Ante él. Esplendorosa. Una sinfonía limpia, irisada, de oros y azules, de verdes y blancos, de ocre y rojos.

Ella... La Riviera.

Había dejado definitivamente atrás Mónaco y su bahía, su hermosa bahía, sus altas laderas verdes, frondosas, salpicadas de residencias y hoteles de lujo. Y su pintoresca población. Y su casino.

Aceleró al pasar la última curva.

Le gustaba correr. Siempre le había gustado. Ahora, le gustaba más que nunca. No por simple gusto. Es porque tenía que correr. Le era necesario. Preciso. Urgente. Inevitable. Tenía que correr. Tenía que alejarse. Huir...

El automóvil devoraba millas. Y asfalto. Y distancias.

Su conductor tenía prisa. Mucha prisa. Una tremenda prisa por dejar atrás ciertas cosas. Y por llegar a otras, lo antes posible.

La Riviera. Italia. Atrás, quedaba ya Cannes y Niza, en la francesa costa de colores azules. Y Mónaco, asomado al mar como un mirador de fábula y de fantasía policromada.

Todo atrás. Más atrás cada vez. Respiró hondo el automovilista. Consultó el cuentamillas del deportivo coche rojo, el «Sunbeam» vertiginoso y ágil. Ciento veinte. Un poco excesivo, pero necesario. No redujo la velocidad cuando avistó Bordighera. Y eso que las curvas aumentaban. Y se cerraban también en unos giros y caracoles audaces, sobre el filo del vacío, de la roca, del verdor, de la sima azul del mar, rompiendo en oleaje crepitante, de espuma violenta, allá en las calas, playas pequeñas o diminutos racimos de peñascos, arrecifes cubiertos de moluscos, de verdor, de algas y de humedad viscosa.

La Riviera. Turismo, sol, calor, clima de encanto... Y un hombre huyendo. Él.

Un hombre huyendo de algo. Algo horrible, que se quedaba atrás. Que debía quedarse atrás. O le alcanzaría fatalmente a él.

Pasó unas edificaciones al borde de la carretera de la costa. Un parador de turistas, un garaje, un puesto de gasolina, un restaurante, dos bares o tres, un almacén de fotografía, cine y artículos para «*souvenirs*»... Se quedó atrás. Desde un enorme cartelón, le saludó una bañista gigantesca, asomada a la ruta, con un inverosímil bikini rojo, que apenas si eran dos minúsculas manchas sobre un cuerpo opulento y bronceado. Le sonrió, saludándole con grandes letras verdes:

«¡BIENVENIDO A SAN REMO!»

San Remo... Bordighera pasó como un *flash* a los dos lados, ante su coche y su visual. No se detuvo. Un perro pasó vertiginoso, a la altura del centro comercial. Turistas en pantalones cortos, mujeres morenas y espléndidas, en *shorts* que apenas tapaban nada, giraron la cabeza, indiferentes, portando sus bolsas playeras o sus paquetes de compra. Nórdicas rubias se tostaban al sol, en la franja de oro de la arena playera, virtualmente desnudas o poco menos. Italianos morenos y espigados jugueteaban con las olas, con una pelota de mil colores... o con las rubias suecas.

El «Sunbeam» rojo continuó rodando a ciento veinte millas, en cuanto pasó la limitación de velocidad de Bordighera y sus zonas residenciales, plenas de verdor, de exuberancia meridional, de fincas maravillosas y de turistas de todo el mundo.

Quince millas solamente. Apenas diez minutos, y San Remo estaría allí, ante el morro vertiginoso de su coche lanzado. Se cruzó con un «Mercedes» plateado, tan veloz como el suyo. Y con un «Porsche» azul celeste, desde el que le saludaron un puñado de muchachas de pelo rubio, vestidas con un minúsculo bañador. Ni siquiera correspondió a sus saludos. No tenía tiempo. No tenía humor para ello tampoco.

Tiempo atrás, todo esto le hubiera parecido ridículo. Él, precisamente él, en la Riviera italiana. Sin hacer caso de las chicas, de sus formas, de sus atrevidos atavíos veraniegos... Inaudito.

Así era, sin embargo. En el mundo había cosas más importantes que un bikini y lo que ese bikini encerrase, por importante y bien formado que estuviese. Había cosas de las que la gente no tenía la menor idea. Cosas como aquello de lo que él escapaba. O intentaba escapar, para ser más exactos. Cosas trascendentes para todo el mundo. Cosas en las que nadie piensa ni nadie cree, hasta que un día se desencadenan sobre todos, como en una maldición bíblica o un Apocalipsis anticipado. Así debió suceder una vez, en un lugar del mundo llamado Hiroshima. Y en otro de nombre Nagasaki.

Pobre gente... Ellos también mirarían indiferentes a la vida, a las calles, a las gentes y a los vehículos. Ellos también pensarían que el mundo era endiabladamente monacorde y rutinario, día tras día. Aun con una guerra en sus puertas, la vida continuaba. Y las mujeres, los niños, los ancianos, vivían y vegetaban, iban de acá para allá, lo mismo que en tiempos de paz, lo mismo que siempre.

De repente, la vida cesa. De repente, el aire huele a fuego, a muerte, a destrucción. De repente, todo se quema, se volatiliza, se hace pavesas. Todo. Vida, hombres, mujeres, niños, ancianos o jóvenes inútiles para el frente. De repente, dos ciudades mueren, aniquiladas por una energía semejante a la que liberarían millones de toneladas de trilita. Megatones y todo eso. Y cientos de miles de vidas en holocausto atroz, del que nadie podría jamás perdonar a los vencedores. Ni se lo perdonarían ellos mismos posiblemente...

Entonces fue otra cosa. Energía nuclear, bombas atómicas. Todo eso. El nombre da igual. La naturaleza del ingenio, también. El mal desencadenado es el que cuenta. El horror, la muerte, la sangre, el odio, la amenaza, el caos. Ésos sí cuentan. Ésos no se olvidan.

¿Qué importa el medio? La bomba atómica, la de hidrógeno, los gases asfixiantes... o aquello.

Aquello de lo que él huía. Aquello que necesitaba revelar cuanto antes a alguna persona que creyera en él, que confiara en su palabra...

Se detuvieron sus pensamientos. Y casi se detuvo su coche. Soltó una imprecación.

Sólo por poco, por muy poco, no llegaría a San Remo. Se agotaba el combustible. Se había encendido la luz en el cuadro, indicándole el vacío de la reserva, que estaba a punto de producirse.

No llegaría ni a recorrer dos millas con aquel sobrante. Era necesario repostar, llenar el tanque y proseguir. Proseguir con mayor velocidad cada vez. Llegar lo antes posible. Y ver a quien tenía que ver. Y revelarle la verdad, la increíble y espantosa verdad...

Un indicador de carretera le señaló la noticia esperanzadora y halagüeña: «ESTACION DE SERVICIO UNA MILLA».

Redujo la velocidad cuanto le fue posible. La gasolina se agotaba por momentos. El poderoso motor succionaba ávidamente el combustible. Rodó calmoso, maldiciendo entre dientes, hacia el cercano puesto de aprovisionamiento automovilístico, en la ruta azul de San Remo.

Detuvo el automóvil. Impaciente, señaló el depósito. Pidió que lo llenasen. Mientras lo hacían, contó nerviosamente el dinero. Aquellos empleados eran terriblemente lentos. Se irritó con ellos, al verles actuar como al ralentí. Cuando les tendió el dinero, estaba tan molesto que ni siquiera se preocupó de buscar propina alguna.

Siguió viaje hacia San Remo, tras guardar las monedas que el empleado de turno le devolviera. Ni se molestó con el gesto malhumorado del hombre, al verse desprovisto de toda gratificación. El «Sunbeam» voló por la carretera costera, siempre hacia la bella ciudad de la canción italiana y de los festivales de música moderna.

Música moderna... La idea le causó risa. Hubiera reído, realmente, de haber tenido humor para ello. En lo que menos podía él pensar en esos momentos, era justamente en la música moderna. O en cualquier otra cosa de la misma trivial importancia.

Había cuestiones más serias, más graves, infinitamente más trascendentes. Para él, y para todos. Para el mundo, incluso para aquellas apacibles gentes que le rodeaban, bien ajenas a la suerte que, en cualquier momento del inmediato futuro podían correr, si las cosas sucedían como él presentía. Como él no deseaba en modo alguno que sucedieran...

Los dorados veranos, las gentes sencillas de campos, residencias y alojamientos turísticos... Las grandes ciudades y sus gentes apresuradas y febriles, activas y nerviosas... Los pueblos, las naciones, los continentes... El mundo todo podía peligrar. Si aquello sucedía. Si «aquello» llegaba a ser algún día una realidad...

Y estaba a punto de serlo. Él lo sabía. Él podía anunciarlo a alguien, él podía dar la voz de alarma ante el mundo entero. Pero hacía falta que el mundo le creyese. Hacía falta que hubiese una voz consciente y responsable que, en su nombre, se dirigiera a todos para advertirles...

Eso es lo que iba a buscar. Eso es lo que le apremiaba para llegar a San Remo, antes de que fuese demasiado tarde. Demasiado tarde para él, para los demás, para el mundo entero...

Y ya San Remo, virtualmente, estaba allí ante él. A muy poca distancia. A muy pocas millas...

Pisó el acelerador. El coche voló por la cinta de asfalto, pegado al borde que asomaba al mar, a los rompientes de espuma y de azul...

Pero la Muerte continuaba tras él. Cerca de él. Más cerca de lo que él mismo hubiera deseado. Más cerca de lo que jamás podría sospechar...

«ESTA USTED ENTRANDO EN SAN REMO»

El cartel multicolor, con bañistas y notas musicales, quedó atrás. Avanzó por la carretera amplia que se internaba hacia San Remo. Las bañistas de verdad, las de carne y hueso, con sus bikinis ínfimos, con su piel de bronce, su pelo de oro y su osadía, le agitaban los brazos desde la ribera marina. Él no contestó a nadie. Su nerviosismo aumentaba, a medida que se aproximaba a su destino, al lugar donde alguien le esperaba para ser informado. Al punto donde el secreto dejaría de ser suyo, para ser de otros. Y, poco después, lo sería de todos. Del mundo entero.

Pobres gentes... Ellos no sabían. Ellos no sospechaban...

Los dejó atrás. Ya había solamente una recta asfaltada, entre altas arboledas, camino de San Remo. Un joven melenudo hacía «auto-stop» junto a la carretera, cargado con una pesada, voluminosa mochila. Le hizo estérilmente el gesto. El «Sunbeam» continuó adelante. Ni siquiera hizo acción de detenerse.

Su conductor, nervioso, tomó un cigarrillo del paquete que asomaba del bolsillo de su camisa veraniega. Buscó el encendedor. No lo llevaba encima. Recordó que lo había dejado dentro del compartimiento del «tablier». Abrió éste. Allí lo encontró. Lo

aproximó a su cigarrillo.

Otro «auto-stopista». Tampoco se detuvo, a pesar de que era una chica. Una mujer. Rubia de cabellos; morena de piel. Pantalones cortos, muy cortos. Tremendamente cortos, como un *slip* o un bañador. Muslos firmes, elásticos, musculosos y bien formados. Piernas largas. Busto llamativo bajo una camisa caqui mal abotonada, no se sabía si intencionadamente o por puro accidente...

Ella se quedó atrás, con una inmensa desilusión en sus grandes ojos azules. Se quedó mirando el «Sunbeam» escarlata, agudo y vertiginoso. Luego, su conductor, viéndola aún por el cristal del retrovisor, hizo accionar el encendedor.

Brotó la llama. La acercó al extremo del cigarrillo.

Eso fue todo.

Fue todo. Y fue el fin.

Los ojos azules, defraudados primero, desilusionados por el tránsito veloz del «Sunbeam» rojo, se abrieron enormemente.

Fueron testigos excepcionales. Fueron los únicos que vieron el caos, la hecatombe terrible y estremecedora.

En un segundo apenas, dejó de existir un «Sunbeam». Dejó de existir un hombre al volante del mismo. Dejó de ser todo lo que era un momento antes...

En su lugar, fuego, luz deslumbrante, un estallido formidable, un horrible torbellino de llamas, pavesas, formas incongruentes, retorcidas, abrasadas...

Todo ello volteó, en tremenda bola de fuego, hasta precipitarse vertiginosamente ladera abajo, hacia el mar. Abajo, en el azul salpicado de arena, hubo un último estampido, una flamígera estela final, acompañando los restos calcinados, informes, irreconocibles, del que poco antes era un automóvil deslumbrante, manejado por un hombre que tenía prisa.

Todo era fuego, ceniza, hierros y restos calcinados, allá en la dorada, idílica playa de San Remo, centro de turismo internacional, rincón de paz para los veraneantes del mundo entero...

Y en la carretera, una mujer que hacía «auto-stop», continuaba aún allí, inmóvil, como petrificada tras el horror presenciado.

Unos graves, claros, luminosos ojos azules, habían visto la muerte. Y una muchacha aturdida, incapaz de reaccionar todavía, se preguntaba cómo había podido suceder aquello.

Cómo pudo morir un hombre y pulverizarse un automóvil, cuando nada en derredor pudo causar aquella muerte. Nada en absoluto, a no ser que un explosivo, una bomba dentro del propio vehículo, hubiera podido provocar el trágico caos...

CAPÍTULO II

No. No había bombas en el coche. Ningún explosivo. Ni rastros de ello...

Era una afirmación definitiva. No se trataba de una tesis, de una teoría o una simple suposición. Nada de eso. Era un informe técnico, frío, preciso. Inefable.

El comisario pestañeó, clavando sus ojos en el doctor Di Giácomo, del Departamento de Especialistas de la Policía italiana.

—¿Seguro, doctor? —inquirió, perplejo.

—Seguro.

—Entonces, ¿el combustible estalló?

—Pudo ser —el técnico se encogió de hombros—. Parece que no existe otra explicación. Pero si pudiera opinar de un modo extraoficial...

—Diga, diga, Di Giácomo —le alentó el comisario Donetti, enarcando las cejas—. Estamos solos en mi despacho. Hable como un particular, si gusta.

—Yo diría que la explosión, o lo que fuese, no tuvo lugar «dentro» del motor, ni del depósito de gasolina o la batería...

—¿Cómo? —Donetti se irguió, estupefacto—. Si no había explosivos en el coche, y la gasolina no se inflamó directamente, ¿cómo podría estallar de repente un coche, destrozando a su conductor y quedando convertido en un montón de chatarra todo el vehículo?

—No lo sé —suspiró Di Giácomo, sacudiendo su canosa cabeza—. Por eso le dije que prefería opinar oficiosamente, sin comprometerme. He visto explosiones en las que el combustible fue principal responsable. Hay indicios, datos técnicos que el laboratorio revela, y que no dejan lugar a dudas sobre el origen de

la catástrofe. Éste es un caso diferente. Parece... parece como si, realmente, hubiera habido un ingenio explosivo en el coche.

—Pero usted dijo antes...

—Ya sé, ya sé, comisario. Técnicamente, el resultado es negativo. No había ni vestigios de materia explosiva alguna, cascotes de algún recipiente plástico o metálico, ni los residuos habituales en explosiones provocadas por dinamita, trilita o cualquier otro producto similar.

—De modo, que teóricamente, al automóvil no lo destrozó cosa alguna.

—Si no fuera completamente absurdo, ésa sería la conclusión técnica —rió sordamente el doctor Di Giácomo.

El comisario de Policía de San Remo se puso en pie, exhalando una bocanada de aire. Paseó por la habitación, con aire pensativo. Al fin, se detuvo junto a la ventana del amplio, luminoso despacho y contempló la ciudad resplandeciente bajo el sol, como un vivo pasquín turístico.

—Que me ahorquen si lo entiendo —masculló—. Nadie pudo lanzar un proyectil contra el coche, ni cosa parecida. El testigo dice que el coche le rebasó a buena velocidad, y cuando llegaba a la curva inmediata, ¡paf! Se hizo añicos en el aire, en medio de un estallido terrible.

—Ese testimonio ha sido confirmado por algunos bañistas que vieron la explosión, aunque no desde un punto de vista tan privilegiado como el de esa joven «auto-stopista». Sinceramente, comisario, no sé qué pensar.

—El automóvil ha sido identificado, por fortuna. Era un «Sunbeam» rojo, según la testigo. Las placas son legibles, dentro del caos que es ahora ese coche. Tenía matrícula francesa de turismo, y hemos telegrafiado para que nos informen a nombre de quién fue puesta esa matrícula. Tal vez eso nos resuelva algo, respecto al pobre individuo carbonizado dentro. A ése sí que no hay modo humano de identificarlo.

—Lo hemos intentado todo en el laboratorio, comisario —asintió Di Giácomo—. Pero, por ahora, hemos fracasado. Únicamente si alguien pudiera informar sobre una fractura de fémur, habida hace algún tiempo, como dos años o tres más atrás, sería más factible la identificación.

—¿El cadáver tiene esa fractura?

—Sí. Se calcificó en un largo período de curación, es evidente. En su esqueleto hay solamente eso... y lo que parece la huella dejada por una herida de bala, hace todavía más tiempo, en la clavícula derecha. Puede hacerlo público, por si sirve de algo.

—Herida de bala... —Frunció Donetti el ceño, preocupado—. Vaya, ese individuo había tenido otros contactos con el peligro.

—Es evidente. Puedo equivocarme, pero no lo creo. Es la típica señal que deja en el hueso el impacto de un proyectil. He estudiado muy especialmente tal clase de heridas en el esqueleto humano, y su especial forma de calcificarse posteriormente. No creo estar en un error, comisario.

—Bien, es posible que eso nos ayude algo. Ahora, de momento, sólo nos resta esperar. Y ver lo que dicen de Francia...

—En Francia, señorita Steele, han dicho que el muerto era compatriota suyo.

—Inglés... —Se estremeció Patricia Steele, con un pestañeo de dolor—. Dios mío...

—Créame que lo lamento. No quisiera que pensase de mí que soy un hombre cruel o deshumanizado.

—Por supuesto que no lo pienso, comisario —se apresuró a responder ella—. Usted cumple con su obligación. Le escucho.

—Gracias, señorita Steele. Así, todo será más fácil. Como le dije, hemos recibido un informe de las autoridades francesas. El automóvil «Sunbeam» rojo, matrícula turística de Marsella dieciocho-treinta y seis, fue alquilado a nombre del súbdito británico Neil McPather. Con ese automóvil, McPather se adentró en Mónaco y, posteriormente, en Italia, bordeando la costa, cosa de tres días después de haber adquirido el vehículo en Marsella. Tenemos, pues, todos los indicios para suponer que la víctima de la extraña explosión era un inglés. Exactamente como lo es usted, señorita Steele.

—Fue casual. Cuando quise que se detuviera para recogerme, no pensaba que pudiera ser un compatriota.

—¿Vio usted el instante mismo en que se produjo la explosión?

—Sí, comisario. Ya le dije que tenía la vista fija en el coche cuando ello sucedió. Él conducía normalmente, a mi parecer. Hizo algo, no sé el qué...

—¿Hizo algo? —se interesó Donetti—. ¿Puede aclararme ese punto?

—Me temo que no. Se inclinó hacia el «tablier», sé que hizo alguna cosa, como buscar algo, examinar algún objeto, no sé... Luego, de repente..., todo desapareció en medio de aquella terrible bola de fuego... Fue espantoso.

Cerró ella los ojos, permaneciendo en silencio unos instantes. El comisario de Policía italiano mantuvo un compasivo mutismo, esperando que ella se repusiera del ingrato recuerdo. Luego, con voz afable, se interesó:

—Señorita Steele, ¿es usted habitualmente una... una «auto-stopista»?

—No —rechazó ella, con una leve sonrisa—. Llegué con mi propio automóvil a Italia. Lo he dejado en Ventimiglia, con una seria avería. Me urgía llegar a San Remo y continué el camino haciendo «auto-stop».

—¿De modo que su meta era San Remo?

—Exactamente —asintió ella—. El último vehículo que me trasladó fue una furgoneta comercial, que se quedó a una milla de San Remo. Yo seguí adelante, andando. Estaba cansada ya, y aunque el centro de San Remo estaba relativamente próximo, prefería llegar en otro vehículo, a recorrer más distancia a pie. Entonces sucedió lo del automóvil rojo...

—Ha sido una terrible experiencia la suya, señorita Steele —suspiró el comisario—. ¿Va a continuar en San Remo?

—Por supuesto —sonrió ella—. Me quedo aquí un par de semanas, comisario, si no hay algún imprevisto.

—Eso está bien. Si necesito su ayuda en cualquier otra ocasión, me veré obligado a molestarla. Es nuestro único testigo, y puede tener importancia cualquier cosa que recuerde, que le venga a la memoria, referente al suceso.

—No tiene que justificarse. Estaré a su disposición en todo.

Patricia Steele abandonó el despacho del comisario Donetti. Éste suspiró, sacudiendo la cabeza con aire contrariado. No sacaba nada en limpio de todo aquel lío, ni esperaba tener mejor fortuna en lo sucesivo.

Había sido informado el consulado británico de lo relativo a la muerte de un posible súbdito británico. Los datos sobre las huellas

de heridas en el fémur y la clavícula del muerto, obraban igualmente en poder de las autoridades consulares inglesas, así como el nombre del turista que alquiló el «Sunbeam» rojo en Marbella: Neil McPather.

Donetti esperaba ahora los datos del Gobierno británico, relativos al hombre muerto. Éste podía ser inglés, pero el hecho tuvo lugar en territorio italiano y a él correspondía esclarecer el extraño suceso.

Aquella misma noche, el comisario Donetti, de San Remo, tuvo noticias de las autoridades británicas al respecto.

—Es el cónsul, comisario —le informó su ayudante, el agente Spada—. Del consulado británico, claro. Le acompaña otro caballero que también parece inglés...

Spada tenía buen olfato para esas cosas. Era inglés, ciertamente. Más callado y taciturno que el cónsul a quien acompañaba. Los dos hombres ocuparon asientos ante la mesa de Donetti. Miraron a éste con atención. El comisario les refirió cuanto sabía al respecto, ocultando tan sólo los comentarios oficiosos de su amigo, el doctor Di Giácomo.

Habilidosamente, Donetti dio a entender, sin decirlo claro, que la opinión de las autoridades italianas era que se trataba de un simple accidente, sin aventurar otras teorías más audaces.

Le escucharon en silencio, asintiendo de vez en cuando, y cambiando miradas pensativas entre sí. Al final, cuando Donetti terminó su relato, el cónsul habló con tono sereno, en un correcto italiano:

—Tenemos en nuestro poder los datos clínicos de nuestro súbdito Neil McPather. Ciertamente, comisario, debo felicitarle por su competencia. Se trataba de él. En una ocasión sufrió una fractura de fémur, hace de ello veintisiete meses. En otra ocasión, una herida de bala interesó su clavícula derecha. Ambos datos confirman, sin lugar a dudas, la identidad de la víctima.

—Bien, caballeros —suspiró Donetti—. Celebro que la fortuna nos haya ayudado, y ese infortunado compatriota suyo no tenga que reposar en una tumba sin nombre. Por supuesto que pueden hacerse cargo de su cadáver, trasladarlo a Gran Bretaña o hacer lo que juzguen más pertinente los familiares del difunto.

—Comisario, solamente una pregunta, antes de ausentarnos —

terció por primera vez el segundo hombre, con un italiano igualmente correcto—. ¿Hubo algún... algún hecho anormal en el accidente de ese coche?

—¿Anormal? —Rápidamente, Donetti se puso en guardia. Miró con aparente ingenuidad a su interlocutor y manifestó muy despacio—: Temo no entender bien su pregunta, señor...

—Haggerty —le respondieron—. Dennis Haggerty, agregado a la misión diplomática inglesa en su país, comisario. Me refería al hecho de la explosión en sí. Naturalmente que todo fue accidental o simple imprudencia, como ocurre en estos casos, pero la muerte de un súbdito británico en el extranjero nos exige a veces minuciosas comprobaciones e informes detallados. Ya perdonará, por tanto, que insista y le pregunte de nuevo si hubo anomalía alguna en las causas de la explosión, o cualquier otra circunstancia interesante de anotar...

—Técnicamente, señor Haggerty, la explosión tuvo lugar en el depósito de combustible, por razones desconocidas de momento —explicó con sequedad Donetti. Sus ojos continuaron fijos en el inglés—. ¿Satisfecho?

—Sí, gracias —suspiró Dennis Haggerty—. Ya le dije que era simple rutina...

—No, señor Haggerty —replicó de súbito Donetti con viveza insospechada. Se inclinó sobre su mesa de trabajo, para encararlo más directamente—. No es ninguna rutina. ¿Qué desea usted saber concretamente?

Los dos hombres se midieron largamente en silencio. El cónsul, sorprendido, era un simple testigo ahora. Luego, Haggerty se echó a reír apaciblemente.

—Por Dios, comisario, no dramatice —agitó una mano, restando importancia a todo aquello—. Ustedes, los meridionales, enseguida desorbitan las cosas. Le aseguro que es simple formulismo, ya se lo dije...

—Supongamos que, oficialmente, todo está explicado conforme le dije —habló Donetti, grave la expresión—. Pero supongamos, también, que extraoficialmente tengo otra versión mucho más rara de lo sucedido, señor Haggerty. Admitamos por un momento que yo, como comisario de Policía en mi país, no estoy obligado a informarle sino de aquello oficialmente probado, guardándome para

mí lo demás, lo que es sólo un dato extraoficial. Y supongamos, por tanto, que voy a seguir investigando, porque las cosas distan mucho de estar claras ni de ser rutinarias. ¿Qué me diría usted entonces al respecto, señor Haggerty? ¿Qué podría decirme de un hombre muerto, llamado Neil McPather, y qué de su propio papel en todo esto, señor Dennis Haggerty?

El aludido pareció perplejo, como desorientado por la técnica directa y sin rodeos del cachazudo policía italiano. Cambió una veloz ojeada con el cónsul británico y éste terció con rapidez:

—Dennis, creo que será mejor que nos quitemos la careta de una vez. El comisario dista mucho de ser un tonto sin imaginación. Tú mismo acabas de comprobarlo...

—Gracias —sonrió sardónico el policía italiano.

—Estaba en San Remo especialmente, aguardando la llegada de ese hombre, de Neil McPather —confesó lentamente Haggerty—. Tenía que verle con urgencia. Traía un informe especial de gran valor para todos.

—¿Qué clase de informe?

—No lo sé. No lo sabemos ninguno. Había descubierto algo, pero su naturaleza es ignorada por el momento. Él pudo decirlo... y no vivió para ello, ¿entiende, comisario?

—Sí, aunque no del todo. En resumidas cuentas, Neil McPather parece ser que era...

—Era un agente secreto del Gobierno británico, comisario —suspiró Haggerty—. No espiaba nada en Italia. Aquí, simplemente, era el encuentro con nosotros, para poner en claro algo que está sucediendo en alguna parte... McPather, comisario, servía como agente especial dentro del M.

I. Cinco

del Gobierno de Su Majestad. Es decir, el Servicio de Inteligencia del Ejército británico...

CAPÍTULO III

Agente del Servicio de Inteligencia del Ejército británico...

—Exacto, Cochran. Ése era Neil McPather, el hombre muerto en San Remo.

—¿Qué había ido a hacer allí? ¿Cantar en un festival? —bromeó macabramente Todd Cochran.

—Es un chiste de horrible gusto, Cochran. Es cierto que McPather iba a «cantar» algo, pero no por cierto con música de Modugno... Tenía importantes enlaces diplomáticos dispuestos en San Remo, y aguardaban su llegada para conocer la naturaleza de los hechos que había averiguado McPather durante su misión en Europa. Desgraciadamente, murió sin poder hablar con nadie.

—¿Cómo murió?

—Versión oficial: accidente. Versión oficiosa: una extraña y nada clara explosión en su coche, aunque no se hallaron rastro de explosivos por los expertos, ni tampoco parece haber motivo para suponer que se inflamara la gasolina accidentalmente...

—Ya. ¿Testigos del suceso?

—Uno solo, realmente privilegiado. Vio muy de cerca cuanto sucedía. Una «auto-stopista» inglesa, llamada Patricia Steele. Su declaración no añade nada nuevo, pero hace más extraño el caso, ya que el coche pasó ante ella normalmente, y, de súbito, estalló en mil pedazos a escasa distancia de su posición en la cuneta.

—Entiendo. ¿Se tiene alguna idea sobre la naturaleza de la misión de McPather en Europa?

—No. Al parecer, no se relaciona especialmente con Italia. Se hallaba allí para un contacto con enlaces importantes del «Intelligence Service» y del M. I.-Cinco. Igual pudo haber sucedido en cualquier otro lugar.

—Pero fue en la bella y turística Italia —suspiró Cochran—. Bien, pudieron haber elegido peor lugar... Imagino que tendré que hacer un viaje rápido a San Remo, ¿no, señor?

—Es lo más oportuno. No hay festival alguno ahora, que yo sepa. Pero, de todos modos, en San Remo siempre se canta, se baila y se componen melodías. Es algo que llevan en la sangre. Usted, Cochran, es buen músico, después de todo.

—Y pésimo compositor —rió Todd, hablando siempre ante el invisible interlocutor, cuya voz llegaba, nítida, por el reducido pero fiel receptor de radio de onda especial, que sostenía en sus manos, apoyado sobre el volumen, ahuecado en su centro, de una hermosa Biblia encuadernada en piel con letras de oro y broche de igual metal. Una Biblia con el hueco suficiente en sus perforadas páginas, para guardar el emisor-receptor especial de su equipo profesional.

—Bueno, de momento no hará falta que componga nada nuevo. Si tiene inspiración en San Remo, allá usted. Nosotros no nos hacemos responsables de la calidad melódica de sus composiciones. Y después de todo, el mundo está lleno de pésimos compositores que ganan festivales...

—Sí, ése ha sido siempre mi único consuelo —comentó Todd seriamente—. No he perdido mis esperanzas de ganar en San Remo, Barcelona, Niza o cualquier otro sitio.

—Deje ahora sus sueños musicales. Llegará a San Remo como Todd Cochran —no hay motivo para alterar su nombre, desconocido por los agentes enemigos como perteneciente a la Seguridad Nacional del

F. B. I.

—, y se empleará en algún club especialmente dedicado a la música moderna. Nosotros nos ocuparemos de su contrato de trabajo y todo eso. Tenemos en la ciudad italiana un buen agente corresponsal, y los servicios de un representante artístico, que le meterá a usted donde sea. Como pianista de orquestina, Cochran, podrá trabajar mucho mejor. Tendrá el día virtualmente libre, y por las noches tocará el piano en su club y, posiblemente tenga tiempo, entre pieza y pieza, de observar cosas a su alrededor.

—Naturalmente —suspiró Todd, pensativo—. ¿Algo más, señor?

—Por el momento, no. Emprenda viaje a Italia, vía Madrid-Marsella-Milán, para descender luego hasta la Riviera.

—¿Por qué ese rodeo?

—Porque en Milán tendrá sus instrucciones definitivas, antes de encaminarse a San Remo. Puede tomar el avión que salga hoy o mañana a primera hora, con destino a Madrid y Barcelona. Desde allí puede dirigirse por ferrocarril a Marsella, y desde esa ciudad, en avión, a Milán. Ocupe en Marsella su hotel habitual, y allí tendrá una postal de algún amigo que hace turismo por el norte de Europa. El saludo amistoso e inocente irá en nuestro código habitual. Tradúzcalo y sabrá el hotel a que ha de dirigirse en Milán. Eso es todo. En la capital del norte de Italia puede adquirir algún automóvil, arrendado o en propiedad, para que tenga más libertad de movimientos en San Remo. Nada demasiado lujoso ni excesivamente mísero. Piense que será usted un vulgar pianista de *night-club*, aunque su buen aspecto físico puede sugerir a muchos que también sería un buen «gigoló» a quien las mujeres ricas y caprichosas no vacilarían en mantener...

—¿Debo de dar esa impresión realmente, señor? —Torció Todd el gesto, con desagrado, al escuchar la sugerencia de su jefe allá en la Oficina Federal de los Estados Unidos.

—No será mala cosa, ciertamente. Usted sabe lo que son las mujeres. Raro es el asunto internacional donde no anden mezcladas ellas. Con su *smoking*, tocando el piano y dándose aires importantes, seguro que hará usted impacto en ellas. Procure que alguna sea una de esas turistas indefinidas, que pueden serlo todo... o no ser nada. Correrá el riesgo de que le «pesque» alguna millonada apasionada, pero valdrá la pena, después de todo...

Y el jefe se echó a reír, evidentemente muy divertido con la idea.

—Sí, valdrá la pena —gruñó Todd—. Sobre todo, para usted... ¿Nada más, señor?

—Nada más, Todd. Buena suerte... con los espías y con las chicas.

Se cerró la conexión, con otra larga risotada del muy importante Seymour L. Wallace, director de la Sección de Delegaciones Federales en el Extranjero, dependiente de la División de Seguridad Interior de los Estados Unidos.

Todd Cochran levantó su alta, esbelta, arrogante figura atlética, al borde de la cama del confortable hotel de Lisboa, donde había

mantenido su conversación radiada sobre el Atlántico. Con un gesto malhumorado, ajustó su emisor-receptor dentro del hueco de la Biblia vaciada, cerró ésta con su broche y guardó el volumen junto a otros libros, en el fondo de su maletín.

Por culpa de un inglés muerto misteriosamente en San Remo, ya estaba él en danza otra vez. Con un empleo absurdo en un club nocturno de la ciudad musical de la Italia turística, con la misión de conquistar mujeres ricas y dudosas sin el menor escrúpulo... y expuesto, en cualquier momento, a irse al infierno, a hacer compañía al infortunado Neil McPather, de los Servicios de Inteligencia de Su Majestad británica.

—¿No existe duda alguna?

—Ni la menor, señores. No, no hay duda alguna al respecto.

—¿Fue... fue eso lo que sucedió?

—Sí. Nuestro descubrimiento mató a ese inglés, es evidente.

—Pero... ¿por qué?

—Somos científicos, no espías, caballeros. Hemos creado algo muy peligroso, y ya empieza a volverse contra nosotros.

—De modo que, después de todo, Glenn nos traicionó a los tres...

—Eso estaba fuera de dudas. Pero Glenn solamente pudo llevarse consigo una muestra de... de nuestro producto. Debieron comprársela a buen precio. Y la experimentaron sin pérdida de tiempo.

—Con éxito seguro, evidentemente.

—Evidentemente. No podía ser de otra manera. Todos sabemos que hemos tenido pleno acierto en conseguir esos resultados. Sólo que no podíamos pensar que tuviera un día esta utilidad terrible...

—¿Qué es lo que vamos a hacer?

—No lo sé. Glenn no sólo vendió la muestra a alguien, sino que evidentemente les refirió nuestros experimentos e investigaciones, y les dio nuestro nombre y el lugar donde podrían hallarnos. Ellos no se habrán movido, en tanto no hayan experimentado el ingenio. Ahora, probada su eficacia..., vendrán por nosotros.

—Cielos, ¿para qué?

—Oh, profesor Warden, ¿y aún lo pregunta? Dese cuenta de que nosotros tres, «y sólo nosotros tres», conocemos la fórmula para seguir produciendo esa arma terrorífica. Sin la fórmula, no pueden

hacer absolutamente nada, aunque la muestra les dure para dos o tres actos similares al de esa ciudad italiana... Vendrán por nosotros, no hay duda. Corremos peligro, señores. Gravísimo peligro.

—Profesor Turner, usted tiene razón —convino Warden, tras un silencio meditativo—. Creo que si todo ocurrió como dice, estamos en un riesgo de muerte...

—¿Muerte? —se sorprendió el tercer científico.

—Claro, profesor Duval —asintió Warden—. Si obtienen la fórmula, nosotros no seremos sino estorbos para ellos. Considerarán que podemos revelar lo que sucede a las autoridades, y buscar incluso contra-armas que neutralicen nuestro descubrimiento. Todo eso no significaría sino un fracaso que ellos no querrán correr. Y eso es lo que sentencia nuestras vidas, de modo irremisible. Primero nos torturarán o nos someterán a un «suero de la verdad» para arrancarnos el secreto, cosa que haremos de modo inevitable. Después... nos asesinarán a los tres. No hay escapatoria para nosotros.

—Y si resistiéramos la tortura y los sueros, sin revelar la verdad, o destruyésemos la fórmula..., ellos nos ejecutarían exactamente igual —señaló Turner, sombrío—. Es un maldito y horrible callejón sin salida. ¿Por qué haríamos un hallazgo semejante?

—Fue totalmente casual, usted lo sabe —suspiró Warden—. Buscábamos algo diferente y surgió ese maldito horror. Quisimos conservarlo, para darle una aplicación industrial, que es bien factible, como ustedes saben... Y ahora, aquí tenemos los resultados. La ambición de nuestro ayudante Glenn, huyendo con las muestras, que no sé si habrá vendido a alguna organización criminal o a algún Gobierno agresivo, lo ha echado todo a rodar...

—Dios mío, ¿cómo salir de ésta, profesor Warden? —se quejó el profesor Duval, con su inglés meloso, de profundo acento francés.

—Creo que el mejor sistema no es el más elegante. Pero, al menos, puede proteger nuestras vidas: la fuga.

—Huir... —Turner asintió, pensativo—. Sí, profesor Warden. Es una idea cobarde, pero práctica. Los héroes muertos, no significan gran cosa, después de todo. Además..., deberíamos salvar esa fórmula. Hacerla llegar a manos de cualquier Gobierno honesto. El suyo Warden, el de Duval... o el mío.

—Londres, Washington... o París —sonrió Warden—. Estoy conforme. Pero ¿cuál? Cada uno desearemos que sea nuestro país el que se beneficie industrialmente, para usos pacíficos, de un hallazgo como el nuestro.

—Estoy dispuesto a renunciar a ese honor para la Francia, si con ello beneficiamos masivamente a la Humanidad. Están fuera de lugar las rivalidades nacionales.

—Conforme con Duval —apoyó Turner—. Washington puede renunciar al privilegio, si Londres o París gozan de él. Lo importante es que se quede en nuestro mundo libre, y en manos honradas y justas. Usted, Warden, puede llevárselo a Londres, si realmente lo desea.

—Gracias, caballeros —suspiró Warden—. Pero eso tampoco sería justo. Agradezco su común generosidad, pero es mejor que hagamos algo positivo y práctico. Cada uno de nosotros, por ejemplo, se quedará con una tercera parte de los apuntes del proceso de fabricación y aplicación del sistema. Esa tercera parte, evidentemente, no significará nada, aislada del resto. Y nosotros, de memoria, es imposible que logremos reconstruirlo por completo. Empezaremos la huida por diversos lugares y quedaremos en reunirnos en aquella capital donde ahora disponga un sorteo, para entregar al Gobierno agraciado, nuestro hallazgo científico. ¿Alguna objeción, caballeros?

—En absoluto, Warden —confirmó Turner—. Adelante con eso. Estoy deseando salir de Dinamarca, aunque me encante esta tierra. Pronto llegarán a ella gentes cuya misión consistirá en capturarnos vivos... o muertos.

—Bien, entonces, vamos a poner manos a la obra —suspiró Warden—. Recuerden: la ciudad elegida ahora, por simple sorteo será donde nos reunamos dentro de unas fechas determinadas, para entregar el invento al Gobierno correspondiente. Es todo.

El sorteo se hizo mediante simples fragmentos de papel escritos, y depositados en una bolsa. Señalaron a Duval para extraer el papel. Éste apareció. Desplegado, mostró un nombre:

«WASHINGTON»

—Washington... —comentó Turner, sorprendido—. He ganado

yo, señores. Mi país será el beneficiario del invento.

—Es justo. Ellos sabrán aplicarlo del modo más beneficioso posible —dijo Warden, satisfecho—. Pero si alguna ruta estará vigilada por nuestros desconocidos adversarios, en cuanto hayan conocido por Glenn nuestra localización actual, será la de los Estados Unidos... Sugiero que ninguno vayamos demasiado directamente hacia allá. Es mejor dar un rodeo, fingir que nos dirigimos a París o Londres..., y después intentar dar esquinazo a quien nos busque, tomando la ruta de Norteamérica definitivamente.

—Es una buena idea —aceptó Duval—. ¿Cuándo partimos?

—Ahora mismo —señaló Warden—. Vamos a proceder al reparto de fragmentos de la fórmula y apuntes. Los guardaremos donde sea más difícil localizarlos a cualquier enemigo que nos dé alcance..., y saldremos de nuestro centro investigador con rumbos diversos..., y ¡buena suerte a todos, amigos!

Era una despedida. Como un saludo amistoso a los compañeros a quienes volvería a ver en breve plazo en Washington, reunidos todos nuevamente.

En realidad, no fue nada de eso.

En Hamburgo, Alemania, la noticia se perdía en la crónica de sucesos del «Bildt Zeitung», como uno más en la larga serie cotidiana de cualquier gran ciudad cosmopolita.

La crónica era breve, extractada, según noticias, de alguna agencia local:

«Ayer, en el “Hamburgo Grand Hotel”, tuvo lugar un siniestro por causas inexplicadas aún. Se declaró un fuerte incendio en la tercera planta del edificio, que difícilmente pudo ser sofocado por los servicios de extinción, con el eficaz apoyo del personal hotelero. Cuando el fuego pudo ser apagado, parte de la citada planta estaba totalmente destruida por las llamas, y otro importante sector de la misma aparecía seriamente afectado por el siniestro. Las víctimas del mismo fueron dos: una camarera de servicio, que,

aterrorizada, se arrojó por una ventana posterior, estrellándose en el asfalto y resultando con graves heridas, de las que falleció irremediablemente, tras ser trasladada al hospital; y un cliente del establecimiento, que no pudo salir de la habitación 383 y encontró allí la muerte, abrasado.

»El cadáver se recuperó, parcialmente carbonizado. Su equipaje, solamente salvado a medias, reveló la identidad del viajero, que resultó ser el científico francés Jean Pierre Duval, galardonado hace cinco años por el Centro de investigaciones Científicas de París, y autor de las obras “Energías liberadas” y “El dominio del mañana”, publicadas por la “Presse National du Circle Scientifique” de París.

»Al parecer, las causas de la trágica muerte del sabio francés se debieron a un inoportuno y accidental atasco de la cerradura de la puerta, que impidió salir al profesor Duval con tiempo suficiente para eludir el peligro del fuego».

La agencia soviética «Tass» emitió a los periódicos rusos e internacionales una nota escueta, sobre cierto incidente ocurrido en Leningrado, sólo veinticuatro horas más tarde del incendio en Hamburgo:

«Víctima de accidente de tráfico, halló la muerte en el centro de Leningrado un turista inglés llegado a territorio soviético. Una furgoneta comercial que no ha podido ser todavía identificada ni localizada, pero que, al parecer, corresponde a un vehículo “Volvo” dedicado al transporte de productos alimenticios a diversos almacenes y mercados urbanos, arrolló en las proximidades de la avenida de la Libertad al sabio británico Michael Warden, graduado en Oxford, y habitual visitante de la Unión Soviética en sus períodos

de descanso, causándole gravísimas heridas de las que, pese a todos los desesperados esfuerzos de los médicos, falleció en el Hospital Estrella Roja, de esta capital».

Duval y Warden habían muerto, en su disimulado viaje a Washington. Solamente el profesor Turner, educado en el «*alma mater*» de Harvard, continuaba adelante con la aventura...

—Bernard... ¿Qué te sucede?

—Nada, querida —nerviosamente, Bernard Turner humedeció sus labios, echó a un lado el periódico que leía y rehuyó mirar directamente a su esposa—. Sencillamente, ardo en impaciencia por hallarme de nuevo en mi país...

—Te dio muy de repente, Bernard —comentó Stella Turner, sacudiendo su rubia cabeza pensativamente—. Estábamos bien en Copenhague, te encantaban Dinamarca y los daneses... Y, de súbito, todo eso está mal, y hemos de viajar y viajar, en una serie de absurdas vueltas por Europa, para terminar volviendo a los Estados Unidos. Esto no tiene sentido, Bernard. ¿O tal vez sí?

—Sí, cariño. Lo tiene —aseguró gravemente Turner. Miró al exterior, por la ventanilla del ferrocarril, lanzado vertiginosamente por la campiña francesa, hacia los Pirineos—. Tiene mucho más sentido del que supones.

—¿Por el regreso a los Estados Unidos? —se sorprendió ella—. Pudimos hacerlo directamente, en corto espacio de tiempo. Salía un avión de Copenhague a Frankfurt. Y desde esta ciudad, la «T. W. A.»

nos trasladaría directamente a New York...

—No, no. No era factible eso, querida. De haberlo sido, comprenderás que no te haría viajar por media Europa. Necesito previamente ver a alguien.

—¿En Francia, en España...? —Su mujer se mostró realmente perpleja.

—En... en España, Stella —se apresuró a afirmar su marido—. Sí, en España... Allí me espera alguien, un buen amigo a quien necesito ver para una cuestión científica de la mayor importancia. Recientemente, estaba en Lisboa. Ahora se halla en Madrid. Hemos de vernos allí, antes de emprender viaje a los Estados Unidos.

—Nunca me hablaste de ese amigo...

—Bueno, hay cosas que no tienen demasiada importancia y uno no las recuerda... hasta que realmente se convierten en importantes. Eso es lo que sucede ahora.

—Bernard, tuviste dos telegramas el otro día, en el hotel de Bruselas... ¿Qué te decían? Eso parece que te alteró mucho...

—Nada, nada. —Bernard Turner rehuyó hablar a su joven y rubia esposa del contenido de aquellos mensajes telegráficos—. Eran simples cuestiones profesionales relacionadas con mis actuales investigaciones. Nada realmente importante...

Stella no insistió, como si aquella explicación pudiera convencerla. Pero en el fondo de sus hermosos ojos azules hubo como un brillo de inquietud, de duda, que su marido no se ocupó de extinguir, acaso porque ni siquiera se dio cuenta de ello.

De haber sabido Stella lo que ambos mensajes telegráficos contenían, su inquietud hubiera aumentado de grado, muy justificadamente.

El primero de aquellos textos decía exactamente:

«DUVAL Y WARDEN, FALLECIDOS EN EXTRAÑOS
SUCESOS SIN EXPLICACION CLARA;
RESPECTIVAMENTE, EN HAMBURGO Y
LENINGRADO. CUIDESE MUCHO. SALUDOS:
SDERBORG, DEL CENTRO DE INVESTIGACIONES
DANES».

El segundo mensaje procedía de Washington, D. C., Estados Unidos de América. Era más breve aún:

«REGRESE LO ANTES POSIBLE. SU VIDA PELIGRA.
DUVAL Y WARDEN, MUERTOS MISTERIOSAMENTE.
EXTREME PRECAUCIONES. PROFESOR MCNE, DEL
NATIONAL SCIENCE CENTER».

Muertos Duval y Warden, parecía lógico que el tercer miembro del grupo investigador corriera igual peligro que ellos.

Y eso que ni Copenhague ni Washington sabían la clase de experimento en el que los tres científicos estaban involucrados.

CAPÍTULO IV

Todd Cochran suspiró, tras encender su cigarrillo. Aceleró más. Su automóvil «Giulietta *Sprint*» azul de «Alfa Romeo» voló materialmente sobre la ancha cinta de asfalto de la «autostrada».

Milán quedaba ya muy atrás. Tenía que desviarse en Génova, para orientarse hacia el Oeste, y tomar la ruta costera de Liguria, hacia San Remo. La marcha por las excelentes rutas automovilísticas italianas era confortable y fácil.

Miró atrás, por medio del espejo retrovisor. Sonrió, Los affiches que había hallado dirigidos a su nombre, en un certificado dirigido a él, al hotel donde se alojó en Milán, eran convincentes. El F. B. I.

trabajaba deprisa cuando quería, no importaba donde ello tuviera que ser.

«COCHRAN, LOS DEDOS MAGICOS DEL TECLADO», recitaba el affiche, con su efigie ante un piano y un vaso de *whisky*, y un fondo de notas musicales sobre un «mapamundi» de bello colorido.

Debajo, una banda impresa encima, anunciaba:

«GIRA POR EUROPA. TODD COCHRAN EN SAN REMO. ¡VISITE EL “WHISKY CLUB” DEL PASEO MARITIMO! GRANDES GALAS MUSICALES».

—El «Whisky Club». Buen nombre para un local nocturno.

Todd chascó la lengua, riéndose un poco de sí mismo, el gran pianista en gira por Europa, Le gustaba el *whisky*, le gustaba la noche, le gustaba la música, un buen piano... y un ramillete de chicas bonitas.

Se aproximaba un parador de carretera, con bar amplio, estación y todo lo demás. Redujo la marcha.

Hizo muy bien, porque su reloj de pulsera, repentinamente, comenzó a dar su tic-tac con mayor fuerza y rapidez.

Era la señal. Por algún motivo de importancia, la central enviaba un mensaje. El receptor de radio de su reloj-cronómetro le daba el aviso. Para escuchar el mensaje, tendría que extraer su aparato emisor-receptor.

Miró en torno suyo. No había nadie en la carretera ni en sus alrededores. Se metió entre la espesura, a un lado. Detuvo el automóvil entre matorrales espesos.

Abrió con celeridad su valija. Extrajo la Biblia, tras una nueva comprobación minuciosa alrededor suyo. Del hueco interior tomó el pequeño y potente emisor-receptor.

Conectó, dando primero las frases del código. Luego, indagó:

—Escucho Instrucciones. Informen. Cambio.

La voz de su invisible interlocutor pronunció a su vez la contraseña que probaba su personalidad. Después continuó:

—Cochran, hay novedades importantes que aumentan la peligrosidad de este caso. Le conviene conocerlas antes de llegar a San Remo. Tome buena nota de ello y vaya confirmándome cuanto le digo. ¿Enterado?

—Enterado, señor. Confirmaré sus datos. Escucho.

—Dos sabios han muerto en circunstancias poco claras, en puntos muy alejados entre sí. Exactamente, uno en Hamburgo, en el incendio de un hotel, y otro en Leningrado, atropellado por un automóvil que se dio a la fuga y que la Policía rusa no ha logrado localizar aún.

—Enterado también. ¿Tiene alguna relación ese asunto con el caso actual?

—Puede tenerla. Uno de los muertos, el profesor Warden, del Instituto británico de la Ciencia, ha dejado escrito una carta, que echó al correo en el propio Hamburgo, la víspera del incendio en el que perdió la vida. La carta, certificada, iba dirigida a la Oficina en Bonn. Nuestro representante allí la ha recibido y estudiado. En ella se habla de un hallazgo científico que pueda tener gran aplicación

industrial si se utiliza para fines pacíficos, y un tremendo efecto mortífero si se emplea para el delito. Warden suponía que esa arma mató al agente británico en San Remo, y ha preferido informar al F. B. I.

antes que al «Intelligence Service» de su país, porque sospechaba que su vida estaba en peligro, y temía que igual les sucediera a sus compañeros, Duval y Turner, francés y norteamericano, respectivamente. Al parecer, según Warden, ellos tres eran los creadores del invento, y dividieron la fórmula en tres partes, cada una de las cuales viajaba con uno de ellos en su fuga de Dinamarca, donde estaban experimentando sobre nuevas formas de energía.

—Todo eso parece muy complicado, señor. Duval y Warden, sin embargo, han muerto. Parece ser que, efectivamente, fueron sorprendidos por alguien y eliminados. ¿Se sabe algo de sus fórmulas?

—Nada en absoluto. Hemos comunicado con urgencia con las autoridades alemanas, para que revisen el cadáver de Warden por si tiene sobre sí dicha fórmula, aunque lo dudo. E igualmente, confiando en la buena fe soviética en este caso, hemos pedido ayuda a la Policía de Leningrado.

—¿Les han referido el asunto a ellos? —vaciló Todd—. Podría ser una trampa de tipo comunista, contra esos científicos occidentales.

—Lo hemos pensado. No tenemos ninguna prueba a favor o en contra de ellos, de modo que debemos jugar un poco al azar y correr riesgos. Pero si ellos lo hicieron, es obvio que conocen el secreto, y no les damos informe alguno aprovechable. Y sin embargo, si cooperan, habrán probado su inocencia en el asunto.

—Sí, no es mala idea, después de todo. ¿Se sabe algo sobre ese tercer científico, el americano Turner?

—Lo que tenemos en nuestros archivos, Cochran. Bernard Turner, graduado por Harvard, y miembro de la Sociedad Internacional de la Ciencia, se especializó igualmente en estudios sobre la energía, a partir de los nuevos módulos del átomo y sus derivaciones. Casado con una mujer bastante más joven que él, una bella ex actriz llamada Stella Sannett de soltera, tiene un expediente limpio de problemas o de puntos oscuros. Estamos tratando de localizarlo por Europa, sin resultado hasta ahora. Es posible que

viaje con falsa identidad, y es posible también que, alarmado y precavido por lo sucedido a sus compañeros Duval y Warden, no atiende a los anuncios por palabras que hemos hecho insertar en la Prensa europea, llamando al amigo Turner con urgencia. Si ese hombre no nos atiende, es posible que los asesinos de los demás, den también con su pista y lo eliminen. Después de todo, si han obtenido «dos» partes de esa fórmula, les falta «la tercera». Y ésa, la tiene Turner, sin lugar a dudas...

—De modo que en San Remo, ¿qué mil diablos voy a encontrar yo, si todo el mundo anda por ahí disperso?

—Escuche esto, Cochran. Los tres científicos, durante sus investigaciones en Dinamarca, estuvieron ayudados por un tal Hasper Glenn, británico-canadiense. Era un buen elemento en laboratorios. Pero resultó ser un traidor. En su carta, Warden sospecha que el tal Glenn, repentinamente desaparecido, proporcionó a los asesinos de Neil McPather el producto capaz de aniquilarle, aún no sabemos cómo.

—¿Y bien...? ¿Qué tiene que ver eso con San Remo?

—Siempre según Warden, que es nuestra única fuente de información, McPather iba tras el rastro de Glenn cuando fue muerto. Y no sólo iba a establecer contacto con sus enlaces en San Remo, sino que muy seguramente iba tras el rastro de Glenn. Por cierto que Warden menciona el particular deseo de Glenn de residir en Italia, país de sus preferencias, y también la predilección de ese hombre por la música italiana y por los festivales ligeros. Todo ello nos señala un solo punto posible, Cochran.

—San Remo.

—Exactamente: San Remo. Si Glenn está ahí, es lógico que utilice una falsa identidad, y no la propia. Siga su camino a San Remo, Cochran. Y espere acontecimientos.

—Perfectamente, señor. Glenn es partidario de los senos exuberantes, muy a la italiana —rió alegremente Cochran—. No deja de ser una pista, aunque en Italia es un rasgo muy común a toda clase de mujeres...

—Utilice su olfato —también su jefe rió, divertido sin duda por el aspecto de la cuestión—. En ese sentido, usted es prácticamente infalible, amigo Cochran.

—Es usted demasiado halagador, señor —repuso modestamente

Todd—. ¿Algo más?

—Nada más... por ahora. Esté atento, sin embargo, a cualquier mensaje nuestro. Trabajaremos intensamente para poderle ir informando de nuevos hechos, si ellos facilitan su labor, o pueden evitarle un riesgo seguro. Hasta siempre, Cochran.

—O hasta nunca, señor —bromeó lúgubrementes Todd, cerrando la comunicación.

La Biblia volvió a su lugar y Todd suspiró, conduciendo de nuevo su coche a la general, y de ésta, al aparcamiento del parador de carreteras.

Hizo llenar su depósito de gasolina y entró en el bar, pidiendo una cerveza fría y unos emparedados.

Todd le hizo alegremente otro guiño a la poseedora de tan respetable busto, y se preguntó cómo encontrar al acompañante de una dama de semejantes medidas torácicas, en un país donde el noventa por ciento de las jóvenes atractivas lucían un perímetro similar. Ciertamente, el dato no podía serle de mucha ayuda para localizar al anglo-canadiense Glenn, al traidor del grupo científico.

Se preguntó qué clase de arma habrían encontrado los sabios, sin apenas darse cuenta de ello. Buscando alguna forma especial de energía, habían desencadenado un buen lío. Y él, Todd Cochran, agente del

F. B. I.

especializado en asuntos de cariz internacional, y muy particularmente en cuestiones europeas, estaba ya danzando en el caso, preguntándose dónde terminaría todo aquel formidable barullo.

Suspiró, pagando su consumición. Regresó al automóvil. Se puso al volante y arrancó, dejando atrás el parador.

Más adelante encontró el automóvil color marfil. Lo había visto pasar rápidamente ante el parador, cuando él salía del bar. Ahora no parecía capaz de desarrollar tanta velocidad.

Estaba parado al borde de la carretera. Un hombre y una mujer, inclinados sobre el motor, levantada la capota, buscaban algo que justificase, sin duda, su detención súbita.

Ella agitó una mano hacia Todd, Cochran observó que era una muchacha alta, de cabellos rojos y gracioso rostro pecoso. Ésta ni siquiera llevaba *shorts*, sino dos pequeñas piezas de bañador y una

blusa liviana, desabotonada por completo. Tenía un tipo fuerte y bien formado. El hombre no levantó la cabeza, mientras seguía escudriñando el motor...

Todd detuvo su coche, ante la demanda de ella. Esto era diferente al «auto-stop». Una pareja en apuros pedía auxilio. No se podía negar a ello.

—¿Qué les ocurre, amigos? —preguntó Todd, en italiano, tras observar la matrícula del coche, procedente de Milán.

—No sabemos —accionó ella con la expresividad típica en las meridionales—. Debe ser algo en el motor... ¿Usted entiende de motores, señor?

—No demasiado —rió Todd—. Veamos si puedo echarles una mano...

Saltó del «Alfa Romeo». Se acercó al automóvil de ellos, un «Fiat» deportivo. Inclínose sobre el abierto motor. Un rostro moreno, de hombre joven, le saludó con una sonrisa.

Luego, de repente, a su espalda, la pelirroja le soltó el mazazo formidable de su mano abierta contra la nuca, en un perfecto y demoledor golpe de luchadora...

Todd se dobló sobre el volante, tras recibir el formidable impacto.

CAPÍTULO V

La trampa había funcionado.

Trampa súbita, inesperada, rudimentaria pero eficaz. Una trampa para Todd Cochran, viajero por Italia.

Había caído en ella. O, al menos, lo parecía. Y lo siguió pareciendo hasta que su rostro pareció besar virtualmente los sucios y grasientos elementos del motor.

Luego, cuando sus dos adversarios se incorporaban, satisfechos, tuvo lugar el factor sorpresa, esta vez contra los dos agresores de Cochran.

Todd se irguió como un muñeco rebotado contra el motor. Y esta vez ya no era el complaciente camarada de ruta, sino el agente especial, dispuesto a todo y habituado a la violencia.

La pelirroja fue la primera sorprendida. Se miró su mano abierta, que había golpeado con el borde en la nuca de Todd, como preguntándose la forma en que su adversario había podido eludir la contundencia del impacto. Luego gritó a su compañero:

—¡No lo entiendo, Starki! ¡Atácale tú...!

El otro no necesitaba ser espoleado para actuar como creía conveniente. Al erguirse, su llave inglesa, muy pesada, voló hacia la cabeza aún vacilante de Todd Cochran.

Pero éste no sólo había encajado bien el mazazo de su enemiga, sino que con una finta vertiginosa se escabulló al impacto de la llave inglesa. Ésta, violenta, hendió el aire en busca de su cráneo, pero se perdió a sus espaldas, cuando él la eludió con precisión y agilidad, en su alarde de reflejos.

La pelirroja otra vez volvía al ataque, pero ahora ya no se conformaba con su mano, maciza y fuerte. Había hundido los dedos bajo las firmes cazuelas azules de la pieza superior de su bikini,

para extraerlos esgrimiendo un chato cuchillo de hoja curva, envuelto en una funda de piel, sin duda para adaptarlo sin peligro a sus propias formas pectorales, bajo el corpiño.

Centelleó la curva hoja de acero afiladísimo, al correr por el aire, sibilante, en busca de la garganta de Cochran. Éste, dando impulso a su cuerpo, brincó por encima del morro del coche «Fiat» deportivo, para impedir el tajo mortal a su yugular.

Entretanto, ya el segundo adversario, el hombre de cabellos morenos y aire latino, había extraído otra arma, también más segura y decisiva que una simple llave inglesa: una pistola automática de calibre «32», cuyo disparo a aquella distancia sería de fatales consecuencias para Todd...

Cochran sabía ahora que no había escapatoria. Se jugaba la vida, frente a dos asesinos dispuestos a todo. Tanto la pelirroja de formas llamativas, como el hombrecillo moreno, eran dos peligros de muerte puestos en su camino por alguna oculta razón.

Se trataba de su vida o la de ellos. Ése era el dilema. Ésa era la elección.

Todd eligió rápidamente. No podía perder tiempo en resolver. Y no lo perdió.

Su salto atrás le llevó de nuevo junto a su «Giulietta *Sprint*» azul. Se parapetó muy a tiempo tras él. Dos balas rebotaron en su carrocería, desconchándola en un punto, y agujereándola en otro, a la altura del guardabarros delantero izquierdo.

La mano de Todd entró en su «tablier» forzosamente y tiró abajo de la tapa de su compartimento de objetos diversos. Cuando reaparecieron sus dedos, empuñaban un arma de fuego también. Una «Beretta» calibre «32», que manejó como lo haría un mecánico con su destornillador.

Sin asomar apenas sobre la carrocería del coche, que era su mejor protección, apretó el gatillo sin la menor vacilación. La bala partió hacia el «Fiat» color marfil. Y hacia el hombre moreno.

Éste chilló agudamente, cuando la bala le alcanzó la garganta, bajo la barbilla. Le vio voltear, con un rojo baño estridente sobre su camisa desabotonada, veraniega. El estampado se tiñó de escarlata enseguida, bajo la horrible máscara desorbitada de un hombre que moría...

La pelirroja emitió un agudo chillido de horror y se apartó,

echando a correr desesperadamente hacia los matorrales. Todd cometió el error de seguirla, decidido. Esto estuvo a punto de costarle la vida.

Porque, súbitamente, la dama se revolvió, sin detener el impulso de sus elásticas piernas desnudas, y lanzó sobre Todd, con mortífera puntería, su curvo cuchillo.

La hoja de acero volteó con efecto, como lo haría un boomerang australiano, buscando la garganta del federal americano para seccionarla. Todd la salvó de puro milagro, al ver venir aquel centelleo amenazador, y precipitarse a un lado, dando un tumbo circense sobre el asfalto de la ruta.

Desde allí, y ya sin vacilar lo más mínimo, disparó contra uno de los firmes y bien formados muslos de su enemiga de rojos cabellos...

La bala de su «Beretta» perforó la carne bronceada, junto al *slip* del bañador, hacia su parte externa. Ella chilló, exasperada, rabiosa, cojeó un momento y luego se derrumbó de bruces en la cuneta, mientras un surco rojo corría por su pierna, goteando desde la rodilla hasta el suelo.

—¡Perro asqueroso! —chilló ella en italiano—. ¡Bastardo maldito, puerco...!

Todd la dejó desahogarse en insultos groseros y en palabras soeces, acercándose sonriente a la asesina del pelo rojo. Todo ello sin soltar su automática, que mantuvo encañonando sin contemplaciones a la peligrosa hembra de la ruta.

—Intenta algo, preciosidad, y te volaré tu bonita cabeza, sin importarme lo fea que te quedes después —amenazó fríamente Todd—. ¿Es así como reciben las bañistas de tu país a los turistas americanos, encanto?

—Hijo de perra... ¡Rata inmunda y apestosa! —chilló ella, con acento típicamente sureño, acaso napolitano o siciliano, de eso no estaba Todd muy seguro—. ¡Así mueras lentamente rodeado de cien víboras que te saquen los ojos!

Su modo de maldecir era pintoresco. Los ojos, muy verdes, llameaban. Todo eso hubiera resultado cómico, de puro sainete italiano, de no ser porque brotaba de labios de una mujer que no vaciló lo más mínimo en atacarle con instintos homicidas en toda ocasión. Aquel mismo golpe inicial, típico de una buen «karatista»,

hubiera sido quizá fatal para él, de no intuirlo una décima de segundo antes, en un puro acto reflejo, cuando se inclinó sobre el motor y, de súbito, presintió el peligro, endureciendo sus tendones y músculos en una súbita contracción, y dejándose caer algo más adelante, para amortiguar lo preciso el impacto de la mano femenina, nada delicada en ese caso.

—Espero que tus buenos deseos nunca se vean cumplidos —rió Todd, sarcástico—. Por el momento, tu amiguito está haciendo compañía a sus antepasados, y tú vas a tener que hablar largo y tendido, para que yo y los «carabinieri» te dejemos en paz. ¿Por qué estabas ahí, esperando mi paso para atacarme? ¿Qué papel desempeñas en todo esto?

—Vete al infierno —jadeó ella—. Eres un turista yanqui, ¿no? Siempre he pensado que todos vosotros tenéis dinero fácil... Dólares, ¿no?

La mentira estaba bien urdida, para ser pura improvisación. Pero Todd hizo bien en dudar de ella y exponerlo crudamente:

—Nadie va a creerte ese cuento, pelirroja. Prepara algo mejor, o te meterán en un buen lío. De momento, tendrás que decir qué pintas en todo esto, y quién te pagó para eliminarme... Tu compañero está muerto, pero tú vives aún. Y hablarás, te guste o no.

Ella no contestó. En vez de eso, apretó firmemente sus labios, como haciéndose el propósito de no despegarlos por nada ni ante nadie. Todd no hubiera sospechado lo que sucedía, si en aquel momento no hubiese descubierto en los labios oprimidos de la pelirroja, la tenue espuma entre amarilla y verdosa, como bilis, en un ataque hepático.

—¡Eh! —aulló Todd—. ¿Qué diablos te sucede ahora...?

Corrió a ella. Se inclinó a su lado, sin soltar el arma, y sin preocuparse del orificio abierto por la bala en su muslo, de donde corría el rojo reguero de la sangre. Ella sonrió. Fue una rara, hosca sonrisa triunfal. Para ello, tuvo que distender sus labios, que espumearon con mayor fuerza. Por momentos, ella se tornaba lívida, y sus ojos perdían brillo y expresión, ganados por un raro velo de opacidad.

—Nadie me hará hablar... ahora —jadeó la pelirroja, con tono desafiante.

—Desdichada... —susurró Todd, enfurecido—. Te has envenenado... Es eso, ¿verdad? Veneno en tus dientes... Es la técnica que empleáis... Lo que alguien os ha metido en vuestro maldito cerebro... Morir antes que hablar, que confesar... ¡Imbéciles todos!

Ella aún sonreía cuando se fue hacia atrás pesadamente. Ni siquiera llegó a contestar a Todd Cochran.

Cuando tocó el suelo, había muerto. La espuma hacía feas burbujas en sus labios amoratados. El rostro era una máscara rígida y deforme.

Todd se incorporó, malhumorado. Sabía por experiencia que cuando un delincuente se mata antes de confesar algo, es porque detrás existe una organización poderosa y temible, cuyas represalias teme más que a la propia Policía... o a la misma muerte rápida y piadosa que provoca un tóxico determinado.

¿Qué organización? ¿Qué gentes eran esas que enviaron a dos asesinos al encuentro de un turista americano, aparentemente inofensivo, un artista que iba a actuar en San Remo tocando melodías al piano?

Todd Cochran no esperó a que acudiera la Policía de carreteras o cualquier otra persona. Rápido puso en marcha su «Alfa Romeo» y se alejó de allí vertiginosamente, dejando atrás un coche y dos cadáveres. A las autoridades italianas correspondería investigar el suceso. Él se alejaba lo más posible de su escenario, para no ver dificultada su tarea por cuestiones rutinarias.

Pero mentalmente pensaba en la misma circunstancia, en algo que le preocupaba muy hondo y le hacía ver las cosas de modo diferente. Si habían sido enviados dos asesinos para interceptarle en su viaje a San Remo, eso quería decir dos cosas fundamentales.

Primera: el enemigo, la Organización, los agentes o quienquiera que fuese el que entraba en juego, sabía de la presencia de un agente norteamericano en Italia.

Segundo: ellos sabían también que ese agente americano... era Todd Cochran, el hombre que iba a actuar de pianista en el «Whisky Club» de San Remo.

Su papel en San Remo podía ser, pues, completamente inútil. Y, por el contrario, dejarle a merced de sus adversarios, que le conocerían a él perfectamente, mientras que él no conocería

absolutamente a nadie del bando contrario...

La voz de la cantante era suave, melosa, aterciopelada. El italiano tenía riquísimos matices, melodiosa dulzura en su tonalidad. Y como fondo, las notas del piano, eran un acompañamiento rítmico hecho de pura melodía meridional.

Las parejas bailaban a compás de aquella canción ya algo anticuada, pero siempre bella, delicada, romántica y apacible. Sólo era necesario el piano. Y la voz casi mágica de Lucía Romana, como un poema susurrado en un mundo de música casi intangible de puro sutil.

El término del combinado de melodías fue acogido con grandes aplausos. Había melodías para todos los gustos, recuerdos melancólicos o felices para cada pareja que bailaba. El programa había sido de su gusto.

Lucía Romana, «La Voz de la Riviera», y el mágico teclado de Todd Cochran, «el americano romántico», como le habían bautizado en su primera actuación, tenían éxito en el «Whisky Club». Era un número triunfal.

A Todd le substituyó una mulata de traje de noche plateado, sentándose al teclado. No era buena pianista, pero tenía un escote digno de respeto, y eso contaba. Un cantante italiano, joven y amanerado, suplió a la voz rica en matices y sensibilidad de Lucía Romana, la joven artista del local.

—Le felicito, Todd —dijo Lucía, espontáneamente—. Lo hace usted muy bien.

—Gracias —dijo Cochran, sorprendido—. Creí que era usted quien lo hacía bien, no yo.

—Digamos que ambos lo hacemos muy bien —rió ella—. Pero yo no soy una incógnita para nadie. Llevo seis meses en el local. Mi estilo le gusta a la gente. ¿Sabe lo que dije al saber que nos traían un pianista americano?

—Nada bueno, supongo.

—Acertó —ella soltó una carcajada—. Imaginé que era uno de esos tipos que tocan rutinariamente y beben como cosacos. Siento haberlo pensado así. Me equivoqué.

—Es de sabios rectificar, Lucía. Yo, cuando supe que tenía una compañera cantante de melodías italianas, pensé en seguida en una gorda criatura rellena de spaghetti, «ravioli» y todo eso. Lo siento

también. Me equivoqué.

—Empate a uno —ella le tendió graciosamente la mano—. ¿Amigos, Cochran?

—Por toda la vida y un poco más —sonrió Todd, estrechando su mano.

—Usted toca como un ángel, créame. Nunca me identifiqué tanto con un músico.

—No necesito decirle cómo canta usted. La gente se lo dice con más elocuencia. Aparte de eso, sin embargo, es una muchacha encantadora. Tan bonita como Gina Lollobrigida, tan seductora como la Loren y tan temperamental como la Cardinale.

—Una «menestra» perfecta —rió ella, divertida—. Gracias, Todd. Pero Gina tiene más personalidad que yo, la Loren algo más de pecho que yo y la Cardinale mucho más temperamento que yo...

—En iguales dosis, el combinado sería demasiado explosivo. De ese modo, puede decirse que se le puede admirar sin sentir mareos ni desvanecerse. Sea compasiva con la gente, ¿no?

—Si usted lo dice... —Lucía pidió un *whisky* en el mostrador, pero muy rebajado, con soda. Miró de reojo a Todd—. Imagino que usted no querrá *whisky*, después del vaso que le ponen en el piano... y de los sorbos a que le invitan esas ridículas muchachas que parecen mirarle fascinadas mientras toca.

—Bueno, reconozca que tampoco yo soy demasiado feo —se quejó Todd.

—Reconocido —ella se encogió de hombros—. Digamos que es atractivo y viril. ¿Conforme?

—¿Quién no? —Todd se echó a reír—. En vista de tan halagadora conclusión... pediré *whisky* otra vez. Es una bebida que no me cansa.

—Tenga cuidado. Posiblemente verá dos teclados en la segunda parte del programa...

—Mientras sólo sean dos... —filosofó Todd, probando su vaso de licor, tras mediarlo con soda.

Luego, sus ojos se desviaron inevitablemente de Lucía, pese a la morena, exuberante belleza de la muchacha italiana. Era difícil separar los ojos de su oscura mirada pasional, de sus carnosos labios rojos, de su tez bronceada por el sol de las playas de San Remo, de su busto magnífico, de profundo escote en el traje de noche azul y

rutilante en sus tachonaduras de cristal.

Pero lo logró la nueva belleza que acababa de entrar en el local, de fuerte contraste con la cantante meridional... y con cualquier otra de las presentes.

No podía decirse que fuera realmente un prodigio de belleza. Pero sus medidas corporales rebasaban con mucho a las de cualquier opulenta figura de la pantalla o a cualquiera de las obscenas fotografías femeninas que podían adquirirse en cualquier lugar de Italia por un puñado de liras.

A su lado, iba un hombre rubio, enjuto, alto, de ojos azules, elegantemente vestido de *smoking*. Todd no le conocía. Ni a él, ni mucho menos a la rubia espectacular y delirante que cimbrea sus formas insólitas al caminar junto a él.

Pero por los datos recogidos del
F. B. I.,

estuvo seguro de que si aquel hombre no era Hasper Glenn, el traidor del grupo de investigadores de Dinamarca, es que el tal Glenn no tenía realmente el gusto que se decía por los bustos de proporciones desmesuradas e ingentes. Aquella pieza femenina, ciertamente, debía colmar los raros e infantiles gustos del bribón. Ni siquiera el cinerama hubiese podido abarcar en su pantalla un primer plano de aquel prodigio pectoral sin precedentes.

—¿Interesado en ciertas aberraciones físicas muy del gusto yanqui?

La frase sarcástica de Lucía Romana le arrancó de sus meditaciones. Sonrió, de buen humor, desviando difícilmente la vista de aquel ejemplar de hembra sinuosa. A su lado, Lucía era como la imagen de una virgen delicada y esbelta, pese a que sus formas no eran ninguna tontería.

—No, no —rechazó Todd—. Sencillamente me asombraba por ello, pero nada más. Las exageraciones no van con mis gustos. Soy un chico sencillo y vulgar, créame.

—¿De veras? —Lucía sonrió, dubitativa—. Si es así realmente, le felicito. No me gustaría verle devorado por cierta clase de fieras humanas...

—El tipo que va a su lado, parece no estar demasiado engullido... —comentó pensativo Todd Cochran.

—Oh, ése... —Lucía se encogió de hombros—. Lleva poco

tiempo con ella. No durará demasiado, aunque ya le vi en dos ocasiones con hembras de ese estilo. Pero, por supuesto, ninguna como Eleanora Elba...

—Eleanora Elba... Suena bien eso. ¿Es el nombre de... de ese ejemplar?

—Al menos, su nombre de batalla. Tal vez el auténtico sea mucho menos sonoro, pero cada una tiene derecho a utilizar las armas que guste para su trabajo.

—¿Trabaja esa chica?

—No sea ingenuo —ella soltó una carcajada—. ¿Cree que necesita hacerlo, con lo que la Naturaleza prodigó en ella, en estos tiempos de las exuberancias monstruosas?

—Supongo que no. —Todd también, se echó a reír—. Pero, oficialmente, hará algo más que dejarse acompañar de caballeros adinerados...

—Pues sí. Tiene un negocio en la Vía Césare... Una pequeña tienda de perfumería y bisutería cara. Se llama «La Strada». ¿Va a visitar tal vez su negocio?

—Posiblemente —sonrió Todd—. Para traerle un obsequio a mi compañera de trabajo Lucía Romana, naturalmente...

—Naturalmente —repitió ella, con ironía sangrienta—. No necesita gastarse demasiado... En mi regalo, quiero decir.

—Lo tendré en cuenta —rió Todd Cochran.

CAPÍTULO VI

La Strada. Número 127 de la Vía Césare de San Remo. Una pequeña «boutique» dedicada a la venta de perfumes, bisutería fina y recuerdos de Italia.

Todd Cochran miró a ambos lados de la calle. Era una vía apacible, tranquila, sin ruido ni tránsito excesivo. Enfrente, un café con toldo, mesas y sillas en la acera... Más allá, un quiosco de periódicos, con profusión de revistas ilustradas, la mayoría con portadas no aptas para menores. Aunque, a juzgar por eso, ni la camarera de blusa calada del café, ni la morena que vendía revistas y cigarrillos eran tampoco aptas para ciertas edades...

Todd encendió un cigarrillo, con un suspiro. Era difícil vivir en Italia y salir de allí sano y salvo. Y soltero, claro está. Los peligros acechaban en cada esquina al valiente célibe. Tendría que ser fuerte para salir indemne del territorio italiano. Más fuerte que con las balas de los enemigos emboscados.

Empujó decididamente la puerta vidriera de la «boutique». Tintineó en el fondo una campanilla, que sólo cesó al cerrarse tras de sí. Contempló el mostrador, también de cristal, con vitrina italiana y algunas joyas en novedades de puro capricho. La decoración del negocio era clara y alegre. El local, largo y estrecho, terminaba en un cortinaje color vino Burdeos.

—Buenos días, señor... ¿En qué puedo servirle?

Todd miró de soslayo a la joven dependiente, de cabellos negros y cortos. Un bombón italiano. Con todos los atributos notables de cualquier otro bombón italiano. Podía servirle en muchas cosas, pero posiblemente no estaba allí para eso.

—Quiero hacer un regalo a una chica —sonrió Cochran—. ¿Qué me aconseja?

—Bueno, aquí hay todo lo que pueda gustar a una mujer —la sonrisa de la joven era maliciosa. Se inclinó y el descote de su blusa campesina también fue bastante malicioso—. Se lo digo por mí misma, señor. Todo esto me encantaría recibirlo personalmente...

Todd se estremeció al ver los precios de cada artículo de regalo. Indagó, curioso:

—¿No hay descuento para los turistas? —Hizo un gesto expresivo—. No soy rico, jovencita...

—Lo siento. Sólo la señorita Elba, la propietaria, podría hacerle descuento... Yo no estoy autorizada para ello. Pero le aseguro que no encontrará ninguna otra «boutique» en San Remo que ofrezca precios más razonables.

—Aun así, preferiría hablar personalmente con esa señorita Elba.

—Lo lamento mucho. Ella está ahora ocupada —rechazó la dependienta—. Tiene visitas comerciales y...

—¿Quién desea ver a Eleanora Elba?

Todd alzó la cabeza. La vio salir de entre las cortinas y respondió escueto:

—Yo, señorita.

Se miraron ambos fijamente. Ella no vestía ahora de noche, naturalmente, como en la velada anterior en el «Whisky Club». Pero el efecto era el mismo. Su blusa de franjas violeta, naranja y azul tenía un descote profundo y amplio. Eso, con lo que ella poseía en su tórax, era un peligro constante. Parecía imposible que el tejido de fantasía, una tenue seda tensa, pudiera aprisionar en su frágil encierro tanto volumen exuberante y rígido.

—Usted es el pianista del «Whisky Club» —dijo inesperadamente ella.

—Exacto —se sorprendió Todd, enarcando sus cejas con aparente sorpresa—. ¿Me conoce?

—Bailé anoche mientras usted tocaba. Lo hace muy bien. ¿De veras no se fijó en mí? Dicen que resulta difícil que pase desapercibida a cualquier hombre...

—Confieso que la vi —suspiró Todd—. Pero iba acompañada. No me gusta complicarme la vida con las mujeres comprometidas.

—Yo no estoy comprometida —se acercó a él, para rodear el mostrador y relevar a su dependienta, a quien alejó al otro extremo

del mostrador. Al pasar junto a Todd tuvo que rozarle inevitablemente con sus protuberancias magníficas. Y prolongó el roce lo más posible. Luego se inclinó sobre el mostrador, cruzándose de brazos, y el resultado fue escalofriante para Todd. Su voz sonó melosa—: ¿Qué desea realmente? ¿Perfume, bisutería, joyería...?

—Una joya sería lo ideal —sonrió Todd—. Pero eso rebasa mis posibilidades...

—¿Quién es la chica elegida? Me refiero a la clase de mujer que es...

—Usted también la conoce. Lucía Romana, la cantante del «Whisky Club»... Mi compañera —improvisó velozmente Todd.

—¡Oh!, una bonita chica... —Estudió a Todd, pensativa—. Creo que quedará bien con un perfume... y un pequeño adorno de bisutería fina. Le haré precio especial. Vea...

Elegió un bonito frasco de cristal tallado, en estuche de peluche rojo, con un escudo dorado. Junto a él, un broche niquelado, con piedrecillas colgantes, de color violeta opalino. Tomó ambas cosas en sus largas manos bien manicuradas. Las puso en la mano de Todd.

—Vea. Solamente doscientas mil liras. Otro pagaría quinientas... —Y no retiró sus manos de las de Todd. Ni sus ojos de los de él.

—¿Por qué ese trato de favor? —Se intrigó Todd.

—Ya se lo dije. Usted toca bien. Me gusta como pianista.

—¿Sólo como pianista? —Pareció Cochran desanimado.

Ella rió golosamente, frunciendo sus labios carnosos.

Oprimió los dedos de Todd en un contacto rápido y estremecido.

—Es muy pronto aún, joven pianista —dijo, burlona—. Demasiado pronto... Le veré esta noche allí. Y otras noches. Tal vez luego sea diferente...

Todd se conformó con un suspiro. Al menos, había iniciado el trato con Eleanora Elba. Ya era algo, teniendo en cuenta que sólo llevaba quince horas en San Remo.

—Señorita Elba, el paquete de obsequios para la señorita inglesa está preparado ya —señaló la dependienta, al extremo del mostrador, tomando un envoltorio en lujoso papel dorado y cintas de plata—. Dijo el señor Anapoulos que era urgente.

—¡Oh, cierto! —Se golpeó Eleanora en la frente—. ¡Qué cabeza

la mía! Llama a Renato y que lo lleve a «Villa Bordhelli»... A nombre de la señorita... Steele. Sí, Patricia Steele...

Todd se puso rígido. Sus nervios se tensaron y una lucecilla roja parpadeó en el fondo de su cerebro. Patricia Steele. «Villa Bordhelli»... La «auto-stopista», la testigo del trágico fin de Neil McPather...

Era una asombrosa casualidad. Habían nombrado a un tal Anapoulos. Todd había leído en crónicas sociales ese nombre en ocasiones. Spyros Anapoulos. Un magnate griego. Un hombre multimillonario, con negocios en Europa, en Hong-Kong, en Macao, en las Filipinas, en el sur de América...

Tal vez no era el mismo. Pero creía haber leído una vez que Anapoulos tenía residencia habitual en San Remo o en Montecarlo. ¿Qué relación tendría, si era él, con una turista inglesa que hacía «auto-stop»?

Se detuvo Todd, tras pagar en caja a la dependienta las doscientas mil liras pedidas por el obsequio. Vio cómo lo envolvían en papel de regalo y curioseó entre una hilera de lujosos encendedores de oro. Los había con forma de cohete espacial, de submarino nuclear, ultramoderno, de televisor, de coche de carreras, de libro o de pistola de dos cañones...

—Llevaré un encendedor también —señaló Todd—. Me gustaría ése, el que tiene forma de automóvil de carreras... El «Porsche» de oro, sí...

—Son ciento cincuenta más —dijo Eleanora, risueña. Le guiñó un ojo—. Cien mil para usted, señor... señor...

—Todd. Todd Cochran.

—¿Inglés?

—Norteamericano —sonrió Todd—. Hago turismo con mi piano. No tengo suficientes dólares para hacerlo de otro modo, Eleanora.

Ella rió, tomando el encendedor, que tendió a la dependienta.

—Ve a cargarlo con gas y envuélvelo con un depósito de recambio, en un estuche de metal. Yo cobraré.

La dependienta se ausentó. Antes de salir ella, lo hizo un joven de cabello revuelto, que tomó el paquete dirigido a Patricia Steele y salió de la «boutique», alejándose a bordo de una motocicleta.

Cuando reapareció la dependienta, le tendió el encendedor,

envuelto en un bello estuche con la reproducción de «La Strada» y su fachada en esmalte.

—Hasta la noche, Todd —le despidió ella, insinuante.

—Hasta la noche. Y gracias...

Salió de la tienda. Tintineó alegremente la campanilla tras él. Todd Cochran se alejó pensativo. Subió a su «giulietta *Sprint*» azul. Un instante apenas, sus ojos se clavaron en el retrovisor. Por él descubrió de forma fugaz la silueta en la ventana. El visillo espeso cayó inmediatamente, borrando toda posible forma humana tras el cristal. Era la ventana situada justamente sobre la puerta tintineante de la «boutique» de Eleanora Elba.

El «Alfa Romeo» azul se alejó. Al volante, más pensativo y preocupado que nunca, Todd Cochran iba pensando en esa ventana de «La Strada». En Eleanora, en Patricia Steele, en Anapoulos y en un lugar llamado «Villa Bordhelli»...

Condujo directamente por entre el tráfico matinal, abundante en las alamedas de San Remo, frente a la playa. Evitó los puntos de mayor afluencia de vehículos, pero aun así tuvo que afrontar diversos taponamientos. En uno de ellos tuvo tiempo de consultar un detallado mapa de la región. Encontró fácilmente la amplia mancha verde, en forma de triángulo, que correspondía al nombre de «Villa Bordhelli». Tenía bastantes hectáreas de terreno, entre las colinas y la playa. Y todo ello pertenecía a una sola persona, según la guía turística de San Remo: al magnate griego Spyros Anapoulos, uno de los hombres más ricos del mundo.

Todd Cochran guardó nuevamente el plano. Buscó con relativa facilidad el camino hacia «Villa Bordhelli», encontrando una amplia carretera bien pavimentada, que ascendía desde el llano, flanqueada de altos árboles muy semejantes a los cipreses, aunque no tan tristes en su aspecto. Todd fue incapaz de clasificarlos, aunque se parecían también a los «Lombardy Poplar», o «*Populus itálica*», por su alta forma ornamental y su semejanza con los cipreses. Posiblemente lo fueran, después de todo. Cochran no era un experto en plantas y árboles.

La arboleda, de igual tipo, se incrementaba profusamente a medida que alcanzaba el bosque superior. Un rótulo le indicó en el sendero:

«A 500 METROS SE INICIA LA PROPIEDAD PRIVADA
DE “VILLA BORDHELLI” NO PASAR SIN
AUTORIZACIÓN».

Todd siguió adelante. Pero se detuvo frente a la alta verja que delimitaba los terrenos particulares de los públicos. El sendero asfaltado describía allí un suave giro, deslizándose a lo largo de las verjas, paralelo a ellas, hacia las colinas salpicadas de *bungalows* y de chalets. Un ramal del sendero, empedrado con suave pedregullo, penetraba en la villa, perdiéndose en la umbría arboleda, por una ladera ascendente en suave rampa. Todd suspiró, meneando la cabeza. Encendió un cigarrillo y guardó el encendedor en un bolsillo. Eso le hizo recordar el que había adquirido en «La Strada» y que iba envuelto junto con el obsequio que había sido el pretexto para hablar con la exuberante Eleanora Elba. Desenvolvió el papel de lujo y extrajo su flamante encendedor de fantasía. Pero su cigarrillo estaba encendido y no necesitaba ya prenderlo de nuevo. Lo dejó en el compartimento del «tablier» de su coche.

Hizo rodar suavemente el «Alfa Romeo» junto a la verja, escudriñando de lado las verjas y las frondas. Poco después oyó el claxon de una motocicleta, pendiente arriba. Por el recodo apareció el muchacho de la «*boutique*», el joven Renato, que detuvo su máquina ante la puerta de la villa. Llamó a un timbre. En su brazo iba el envoltorio con el obsequio para Patricia Steele.

Todd detuvo el coche, observando la escena por el retrovisor. Transcurrió algún tiempo, hasta que se oyó ladrar a unos perros y alguien llegó a la puerta, franqueándola. Habló con el muchacho. Finalmente, éste le entregó el envoltorio y le hizo firmar en un bloc. El que hizo todo eso era un simple sirviente. Patricia Steele no asomó.

Intrigado, se preguntó Cochran si la muchacha inglesa sería una prisionera en aquel paraje idílico y prohibido o solamente un huésped del rico griego. De momento, ella no salía a recoger su regalo, aunque eso puede que no significase nada especial.

Viró lentamente el rumbo de su coche. La excursión matinal había terminado. Si quería ver a Patricia Steele, la muchacha del «*auto-stop*», tendría que recurrir a otros procedimientos.

El joven Renato y su motocicleta se perdieron ladera abajo, con

un ronroneo perezoso del motor. Todd dejó también atrás las altas verjas de «Villa Bordhelli».

Fue justamente cuando llegaba al final de la pendiente y se disponía a virar hacia el centro urbano de San Remo cuando vio a la joven.

Ella paseaba apaciblemente por un borde del sendero asfaltado, bajo los altos árboles parecidos a cipreses. Se detuvo curiosamente al verle bajar. Luego, alzó un hombro, en un gesto instintivo de «auto-stop». Todd frenó suavemente junto a ella.

—Mi coche ha sufrido una avería —señaló atrás y a mucha distancia Todd vio un automóvil parado. Se puso en guardia. Igual había empezado la emboscada en la general de Milán-San Remo. Esta vez el coche era un suntuoso «Ferrari» rojo, digno de figurar en Le Mans o en Indianápolis.

—¿De veras? —se interesó Todd, alerta—. ¿Qué clase de avería, señorita?

—No lo sé. Esos coches son muy complicados. Prefiero dejarlo ahí, hasta que lo vea el mecánico. Ya llamé a un garaje. Pero no encuentro forma de subir a la villa. Tengo que hacerlo a pie y no me gusta mucho andar, especialmente después de haberme cansado en el mar, nadando y utilizando patines... Voy rendida. ¿Usted sería tan amable de llevarme a la villa, señor? No le molestaría más...

—¿A «Villa Bordhelli»? —se interesó Todd, sin dejar de vigilar a la joven de cabellos rubios, de tez bronceada, de *shorts* cortísimos, sobre los largos muslos elásticos, de enormes e ingenuos ojos azules.

—Sí, allí —asintió ella, risueña—. Es un camino corto en coche. Demasiado largo para unas piernas cansadas, sobre todo siendo cuesta arriba.

—Es cierto, sí. ¿Es suya esa propiedad? —preguntó Todd intencionadamente.

—No, no; ¡qué más quisiera yo! —Se echó a reír ella de buena gana—. Solamente estoy en ella como huésped. Invitada por su propietario, el señor Anapoulos...

Era una gran fortuna, a no ser que Anapoulos las invitara por docenas. Ella debía ser...

Sí. Lo era. Se lo dijo ella misma, sin preguntarle, cuando Todd abrió la portezuela, invitándola a subir.

—Mi nombre es Patricia Steele. Soy inglesa. ¿Y usted?

¿Americano?

—Americano, sí.

—¿Turista?

—Sólo a medias —rió Todd—. Trabajo de pianista en un local nocturno.

—Entiendo. Me gusta la música. Sobre todo, la moderna y ligera, sin complicaciones.

—Ésa es la que yo interpreto. Al mismo tiempo, viajo, conozco países... No puedo hacer turismo como usted, por ejemplo. Mi fortuna personal no llega a tanto.

—¿Fortuna? ¡Oh, vamos! —Se echó a reír abiertamente—. ¿Sabe cómo viajo yo por el mundo? Haciendo «auto-stops», señor...

—Cochran. Todd Cochran. Bien; el «auto-stop» es un audaz procedimiento muy de hoy. Y cuando se es joven, con atractivos..., siempre tiene éxito.

—No, no siempre... —Se estremeció ella, inclinando de repente la cabeza—. Me ha hecho recordar algo muy desagradable...

Cochran había llevado intencionadamente la conversación por la senda planeada. Y con rápido éxito. Patricia Steele había asociado enseguida su comentario con un fracaso imborrable. El de un «Porsche» rojo que pasó de largo... y voló en pedazos.

—¿Desagradable? —insistió Todd, con tono inocente—. ¿Algún fresco que...?

—No, no. No fue nada de eso. Fue algo que jamás me había sucedido y que, posiblemente no volverá a sucederme. Eso espero, al menos —y se estremeció de nuevo.

—¿Tan terrible fue la cosa?

—Espantosa de verdad —los grandes ojos azules de Patricia se fijaron en él, con ostensible horror—. ¿Se imagina a un hombre joven, al volante de un coche deportivo, que pase ante usted, sin parar, y de súbito se haga mil pedazos en el aire, en medio de una bola de fuego? Y sólo a unas pocas yardas de una...

—¿Eso fue? Es terrible, ciertamente. Seguro que estalló el depósito de gasolina, o algo así. Pero no acostumbra a suceder.

—No creo que fuese la gasolina. La Policía no pensó así.

—¿La Policía?

—Sí. Al parecer fue un caso raro. Por eso sigo en San Remo. Soy el único testigo. Trato de recordar lo que hizo el conductor del

coche antes del estallido. Y no logro acordarme de nada. Es como un espacio en blanco... Por otro lado, el señor Anapoulos es un caballero muy amable y muy rico. Me ha alojado en su residencia por unos días y también tiene gran interés en que se averigüe lo sucedido, para evitar que un suceso así, sin aclarar, perjudique al turismo de esta ciudad, donde él tiene grandes intereses comerciales. Le prometí que en cuanto recuerde algo al respecto se lo referiré a él antes que a nadie, para que, de acuerdo con la Policía, hagan todo lo posible por dejar bien claros los hechos ante el turismo local.

—Sí, claro. —Todd se mordió el labio inferior, pensativo. Ya llegaban a las verjas de «Villa Bordhelli», que asomaban al final del sendero arbolado. Caminaba despacio intencionadamente. Le convenía alargar lo más posible aquella charla casual y afortunada —. Supongo que ese señor Anapoulos se portará honestamente con usted...

—¡Oh!, ya le dije que es todo un caballero. Su interés conmigo es puramente comercial, para poner en claro los hechos que puedan perjudicar a San Remo...

—¿Y usted... no ha logrado recordar nada de lo que a él tanto le interesa?

—Nada en absoluto. Sólo sé que el coche pasó, que su conductor hizo algo, algo que me gustaría recordar lo que pudo ser... y todo terminó horriblemente.

—Ya veo... —Todd sacudió la cabeza, redujo aún más la marcha e inquirió de la joven—: ¿Un cigarrillo?

—Sí, gracias —asintió ella, pensativa. Le sonrió—. Siempre es agradable hacer amistades en un sitio tan alejado de mi país. A fin de cuentas, un inglés y un norteamericano son, en el fondo, como compatriotas, rivalidades aparte.

—Es lo mismo que pienso yo —aceptó Todd, risueño. Le dio un cigarrillo y se dispuso a encender. De pronto, recordó algo—. ¡Oh, espere! Estrenaremos algo que me compré hoy mismo...

Se inclinó, sin detener del todo la marcha. Abrió el compartimento del «tablier» y tomó el bello encendedor de oro adquirido en «La Strada». Se dispuso a encenderlo, presionando su resorte. Patricia Steele contemplaba el encendedor admirada. Le vio hacer y al mismo tiempo comenzó a alterarse su expresión. De

súbito, cuando Todd oprimía el resorte, ella chilló con ojos muy dilatados y tono de profundo horror:

—¡Eso fue! ¡Es lo que hizo él! ¡Tomó un encendedor y lo prendió... y entonces estalló todo!

Todd tuvo una celeridad pasmosa de reflejos. Su dedo aún no había acabado de presionar el botoncillo dorado. Se alzaba la tapa de oro, para dar paso a la llama...

Vertiginosamente, captando lo que Patricia quería decir, Todd lanzó lo más lejos posible el encendedor, al tiempo que él se precipitaba sobre la inglesita y presionando con un pie el tirador de la portezuela, saltó con ella fuera del automóvil, al otro lado de éste, interponiéndolo entre ellos y el encendedor de oro, que acababa de encender su llama volando por los aires...

Fue terrorífico.

Una espantosa bola de fuego iluminó dantescamente la escena, incluso borrando la luminosidad del fuerte sol matinal. Fue como un alud flamígero en el aire, flotando sobre ellos, derramando una tremenda ola expansiva de calor en torno y un estruendo tal que conmovió el «Alfa Romeo», haciéndolo oscilar violentamente. Todd y Patricia rodaban ya por el césped, más allá de los altos árboles similares a cipreses. Todd temió por un momento que su coche volara también en mil fragmentos al inflamarse la gasolina por simpatía. No sucedió así. Pero en el aire, estrías de fuego llovían sobre el suelo, tras el increíble estallido de aquel pequeñajo encendedor, convertido de súbito en instrumento aterrador de muerte y destrucción.

CAPÍTULO VII

El comisario Donetti terminó de mecanografiar la página. Arrancó el folio de la máquina y lo tendió a Todd Cochran. Éste firmó en silencio y le devolvió la hoja escrita.

—Es todo —suspiró Donetti, recogiéndola—. Al menos, por el momento.

—Sí, supongo que sólo por el momento... —sonrió Todd, echándose atrás en el asiento.

Los ojos astutos del comisario de San Remo escudriñaron al hombre que acababa de prestar su declaración oficial a la Policía italiana. Luego, con una mueca que igual podía ser una sonrisa que un rictus irónico y enigmático, Donetti expuso un agudo, frío comentario:

—Usted debe pertenecer a la
C. I. A.,
señor Cochran.

—

¿C. I. A.?

—Todd soltó una breve carcajada—. No, no, Dios me libre. No me llevo bien con ellos. Soy federal, comisario.

—

¿F. B. I.?

—Sí. Una división especial que cuida de la seguridad interior de nuestro país.

—¿Seguridad interior? ¿Qué tiene eso que ver con San Remo?

—Usted lo sabe. Esos explosivos misteriosos, comisario.

—Usted me ha dicho ya algunas cosas. Hubo tres científicos. De ellos, sólo vive uno, y precisamente americano. Pero insisto: ¿qué tiene que ver conmigo y con mi país? Italia no interviene en la

cuestión, señor Cochran. Y se está convirtiendo en un nido de espías. ¿Eso tiene sentido?

—Tiene un solo sentido: Hasper Glenn fue un traidor al grupo científico. No logró robar la fórmula, pero se llevó muestras del ingenio destructor. Las facilitó a alguien, aquí en Italia. Hubo ya dos pruebas con éxito: una, la de Neil McPather. Otra..., la mía.

—Usted sospecha que el explosivo le fue puesto en un simple encendedor... Parece ridículo..., a no ser que fuese pura energía nuclear. Y eso suena a fantástico.

—No he dicho que estuviese esa energía aniquiladora «dentro» del encendedor, pero sí que se desencadena al hacer funcionar el encendedor.

—¿Y no es lo mismo?

—No. Podría ser que el encendedor fuese sólo la chispa, lo que pusiera en acción el caos, el apocalipsis desconocido...

—¿En qué forma, señor Cochran? —se interesó vivamente, Donetti.

—Si lo supiera... —Todd suspiró, con un gesto evasivo—. Todo esto es aún oscuro, muy extraño y nada definido... Esa chica, Patricia Steele, ¿han investigado lo que hace realmente en «Villa Bordhelli»?

—Lo hemos investigado —el comisario se puso en pie, comenzando a pasear por la estancia, reflexivamente—. No se puede hacer nada. Está por su voluntad, invitada por Spyros Anapoulos. Ese hombre está fuera de toda sospecha. No se le puede molestar. Sería como si en su país se arrestara por una tontería a Rockefeller o a un Rotschild. ¿Lo harían?

—Posiblemente no —convino Todd, con un encogimiento de hombros—. He leído algunas cosas sobre Anapoulos. Pertenece a esa clase de hombres que nunca se sabe de dónde obtuvieron los cientos, los miles de millones. Fortunas inmensas, edificadas sobre bases misteriosas y oscuras.

—Precisamente por eso no se les puede tocar, a no ser que haya pruebas muy sólidas. No me asusta encararme a uno de esos monstruos sagrados de nuestro tiempo. Pero siempre que no corra el riesgo de quedar en ridículo y fracasar. ¿Puedo hacerlo ahora, Cochran?

—Honestamente, creo que no. —Todd miró con simpatía al

agudo policía italiano—. Yo he sido enviado para dar con los asesinos de McPather, con el paradero de esa fórmula extraña y mortal y con la clave de lo que está sucediendo. Recientemente he pasado el feo trance de ver mi vida en peligro, y todo porque compré un encendedor que, sin duda, se manipuló previamente, de forma que al hacerlo funcionar provocase de nuevo el atentado mortal.

—¿Por qué contra usted?

—No lo sé. Creí que nadie sospechaba de un simple pianista del «Whisky Club». Es obvio que me equivoqué en eso. Hay alguien que me eligió para llevar la muerte envuelta en un encendedor de lujo.

—¿Dónde lo adquirió? —Fue la inmediata pregunta de Donetti, inclinándose vivamente hacia él.

Todd Cochran sabía que esa pregunta iba a llegar tarde o temprano. Encogiéndose de hombros, con un gesto evasivo, sin dar la menor importancia al asunto:

—¡Oh!, hace algún tiempo que lo adquirí. Eso no tiene nada que ver con el asunto, estoy seguro.

—Pero alguien debió manipular en él. ¿Cuándo pudo suceder eso?

—No sé... Acaso en mi coche, cuando lo dejaba en el «tablier»... Eso no tiene auténtica importancia, comisario. Lo realmente importante es esto: ¿«Qué» pusieron dentro del encendedor?

—No puedo responderle. Nuestros técnicos están examinando cuanto hallaron en los alrededores de su coche. Se procurará dar con algo que nos aclare el enigma. Pero no hay nada seguro. Ni siquiera sabemos lo que buscamos. ¿Lo sabe usted?

—Lo sabré cuando el profesor Turner llegue a Washington, cualquiera que sea su camino para llegar allá —suspiró Todd—. Sólo sabemos que él sobrevive y lleva una tercera parte de la fórmula. Nos podrá explicar lo que hallaron él, Duval y Warden. El F. B. I.

me informará a mí acto seguido. Y entonces no daré palos de ciego en la oscuridad.

—Espero que yo tampoco tenga que seguir dándolos, señor Cochran —habló con firmeza el comisario Donetti—. La verdad es que ninguno de ustedes se muestra particularmente franco conmigo. Y eso no es justo. Estoy intentando cooperar con todos ustedes, para

que las cosas se aclaren, pero lo hago por mis propios medios, sin colaboración de Inglaterra ni de los Estados Unidos. Ambos parecen olvidar que esto es territorio italiano y que, si realmente lo deseo, puedo hacer expulsar a usted y a otros, por espionaje a favor de sus potencias en nuestro país. No pienso hacerlo, claro está. Pero pido un poco de correspondencia con mi actitud comprensiva y tolerante, señor Cochran.

Todd entrelazó sus manos. Asintió, mirando con lealtad al comisario italiano.

—Usted me parece un gran tipo, comisario —declaró Cochran lentamente—. Y es cierto está dando cuanto puede, a cambio de muy poco. No es justo, lo admito. Yo sólo puedo prometerle algo: cooperaré. Si me ayuda, le ayudaré. No le jugaré sucio en momento alguno, tiene mi palabra.

—No sé por qué, me siento inclinado a confiar en usted —sonrió Donetti—. No sé si hago bien, pero vamos a cooperar. Con una condición: no me ocultará nada en absoluto.

—Conforme. No le ocultaré nada, comisario. Ni usted a mí. Bien entendido, que yo respetaré su país y sus derechos y usted los míos y los de mi misión en Europa. Al margen de ese mutuo respeto, comisario, ambos deberemos confiar mutuamente en nuestra buena fe y mejor espíritu.

—Conforme —la recia mano del comisario se extendió, en prueba de confirmación de lo pactado. Ambos estrecharon con fuerza la de su interlocutor—. ¿Qué va a hacer inmediatamente, Cochran, para descubrir quién pudo manipular su encendedor, con la idea de hacerlo volar en mil pedazos cuando lo hiciese funcionar?

Todd contempló pensativamente a Donetti. Luego expuso calmoso, con su mejor aire de inocencia:

—Posiblemente, nada aún, comisario. Voy de compras por la ciudad esta tarde. Esta noche, en el Club, estudiaré a los clientes. Estoy seguro de que alguno de ellos me observó anoche con mucho interés. Quiero devolverle el favor. Eso será todo por el momento. Y de sus resultados dependerá mi acción futura.

—Claro. Bien; le deseo suerte, Cochran. Posiblemente nos veamos esta noche en ese Club. Naturalmente, usted será solamente el pianista. Y yo, para usted, un cliente cualquiera...

—Naturalmente —sonrió Todd—. Hasta la noche, comisario.

—Hasta la noche, Cochran —le despidió Donetti con su sonrisa más cordial. Luego, cuando Todd hubo salido, la sonrisa se borró del rostro del comisario. Volvióse a un subordinado presente en la entrevista y se limitó a ordenarle escuetamente:

—Síganlo, Mario. Que no le pierdan de vista, vaya a donde vaya.

Todd Cochran sonrió. Luego echó una mirada atrás, después de abandonar la larga y frecuentada pastelería, en el centro de San Remo. Le bastó cruzar la calle repleta de tiendas y mercadillos de baratijas y «*souvenirs*» para penetrar en una amplia «pizzería» que también tenía dos puertas. Cuando hubo salido de ella por atrás y se subió a un autobús urbano, supo que, definitivamente, había perdido de vista a su obstinado perseguidor de toda la tarde.

Desde que abandonara la comisaría estaba seguro de que la Policía local no iba a dejarle fácilmente y que Donetti daría su primera orden en el sentido de que le siguieran, como si el policía fuese parte integrante de su propia sombra. El hombre no lo había hecho mal, como tampoco su relevo de la zona más céntrica y populosa de la ciudad. Pero Todd conocía todos los trucos existentes en esa clase de juegos. Para él fue tarea de niños darles esquinazo, tras elegir cuidadosamente los locales con dos puertas donde podía intentar la jugarreta.

Bajó en la segunda parada del autobús y subió a un taxi, al que dio una dirección determinada. Bajó allí y siguió a pie hasta la Vía Césare. Su «Alfa Romeo», aunque con los vidrios destrozados por la onda explosiva, y algunas abolladuras y rascones en su carrocería, estaba bien. Sólo que Todd no lo utilizaba ahora. Y menos tratando de evadirse de una persecución policial.

Llegó ante «La Strada». La «*boutique*» parecía tan normal que la idea sobre cualquier sospecha en torno a tenebrosas actividades daba la sensación de ridícula en esos momentos. Sin embargo, Todd sabía una cosa: había adquirido allí su encendedor. Y de allí debió salir ya manipulado, aunque no le hubiese confesado tal cosa al comisario Donetti.

«CERRADO». Era el cartel que colgaba de la puerta de la «*boutique*». Todd Cochran se sintió defraudado en parte. Miró su reloj. Las cinco de la tarde. Ni siquiera en San Remo era una hora normal de cerrar el comercio. Y menos una «*boutique*» de lujo.

Presionó la vidriera en vano. Escudriñó el interior. No había

nadie. Al menos, no se veía nadie. Recordó la cortina del fondo, la ventana superior, el visillo, la sombra humana...

Neil McPather no pudo adquirir allí su encendedor. Ni siquiera había pisado San Remo cuando murió. Pero posiblemente en otro lugar de Italia, acaso su propio encendedor, manipulado por cualquiera en un descuido...

Miró a un lado y otro. El café aparecía desierto. En el puesto de periódicos, la italiana de pechos llamativos leía una revista típica del país, un «romance» ilustrado con fotografías, mientras mascaba chicle, como cualquier falso americano de una mala película europea. Todd sonrió.

—Ahora o nunca —se dijo. Y apoyando sus dedos en el vidrio de la puerta, movió con rapidez la mano, produciendo un ruido agudo, chirriante. A medida que su mano pasaba sobre el cristal, éste mostraba un hondo surco producido por el diamante de su especial anillo de la mano derecha.

Luego le bastó presionar sobre el fragmento marcado. Éste cedió con un chasquido y cayó en el suelo alfombrado de la tienda, apenas sin ruido. Todd accionó el pestillo interior y una cadenita de seguridad. La puerta cedería ya. Pero estaba la campanilla. Observó su sistema de funcionamiento, con un cordón eléctrico. Era fácil desconectarlo.

Cuando volvió a introducir la mano, una navajita portátil iba entre sus dedos. Cortó de dos tajos el cordón. Al abrir, ni un solo ruido se produjo. Entró silenciosamente en «La Strada». Cerró tras de sí y echó una persiana marrón, que disimulaba la existencia del corte en el vidrio.

Se movió en la penumbra de la larga tienda. En el mostrador brillaban los objetos de oro o de metales cromados. Todd no iba con ánimos de quedarse ninguno. Pasó de largo junto al mostrador y alzó la cortina del fondo. Para entonces, esgrimía ya una automática plana, pavonada, del calibre «38». Le aplicó un silenciador cilíndrico, voluminoso. Y siguió adelante, por una trastienda repleta de archivadores, armarios metálicos para mercancía, una mesa de joyería y taller de reparaciones, y algunas sillas confortables.

Cruzó todo eso sigilosamente, sin encontrar a persona alguna. Luego, sus ojos se fijaron en la estrecha escalera de caracol que ascendía a su derecha. Todd apretó con más fuerza la automática.

Se movió despacio, siempre con sus sentidos alertas y el arma ante sí, apuntando a cada rincón en sombras, a cada posibilidad de que surgiera un adversario de alguna parte, un riesgo ignorado de cualquier especie...

Subió la escalera de caracol lentamente. Los tramos en espiral terminaron en una planta superior, un piso de pequeñas dimensiones al parecer, con un rótulo en una puerta entreabierta: «PRIVADO. NO PASAR».

Todd terminó de abrir esa puerta con el largo cañón de su arma. Asomó al compartimento vacío. Era una especie de oficina, con muebles vulgares. Una ventana y un visillo le reveló cuál era aquel lugar: donde alguien le espió al alejarse él aquella mañana en su «Alfa Romeo».

Oyó caer agua en alguna parte. Miró al fondo. Había otra puerta entreabierta. Una puerta vidriera. Descubrió un lavabo de loza blanca, parte de un bidé y de una cortina de plástico verde, colgada de argolla niquelada. Un baño o ducha... Y caía el agua en su interior.

Avanzó hacia allá. Estaba dispuesto a todo. Incluso a matar, si llegaba el caso. Cualquier cosa menos morir. Y sabía que ése era el riesgo que estaba corriendo en aquel extraño asunto.

Asomó al cuarto de aseo. Vio el cuerpo bajo la ducha abierta, recibiendo el azote del agua, que salpicaba las baldosas e incluso el espejo del lavabo, tal era su fuerza al rebotar en la forma inerte. Una mano se crispaba, aferrando el plástico del cortinaje y clavando en él las uñas, largas y bien manicuradas.

Le bastaron unos pasos más. Asomó al recuadro de la ducha. Allí estaba ella. Muerta, con los ojos desorbitados bajo el agua, que corría violenta sobre su rostro amoratado. Una correa dorada, posiblemente alguna pieza de lujo de su «boutique», ceñía el cuello, hincándose en ella. Estrangulación.

Cuando la mataron solamente llevaba encima una bata corta de seda, con dragones bordados, y un *slip* de igual dibujo. El agua había empapado la prenda, que al desprenderse, mostraba la exuberancia increíble de su torso, por el que el agua se deslizaba como un torrente entre cumbres.

—Pobre Eleanora Elba... —musitó Todd roncamente—. Toda su vitalidad... terminó ahí.

Cerró la ducha. Tiró violentamente de la cortina de plástico, arrancándola y dejándola caer sobre su cuerpo, con cierta piedad. Luego, retrocedió, cerrando suavemente la puerta de la ducha.

Registró el pequeño escritorio a fondo. Hurgó en todos los departamentos y gavetas que pudo abrir. Encontró solamente facturas, albaranes, estados de cuentas y propaganda de casas fabricantes de bisutería y artículos de lujo. Realmente, Eleanora no parecía mezclada en otra clase de asuntos, al menos en apariencia.

Dentro de un talonario de cheques del Banco de Roma encontró una fotografía. Era de tamaño media postal y estaba dedicada: «A mi Eleanora, con amor eterno: Howard Ordell».

Estudió al tal Ordell. No le costó identificarle. Era su acompañante de la noche anterior en el «Whisky Club». Posiblemente el mismo que miró por la ventana al ausentarse él aquella mañana de «La Strada». Y el mismo que manipuló, sin duda, en su encendedor, allá en la trastienda, antes de entregárselo. Quizá todos eran una misma persona: Hasper Glenn, el traidor ayudante de los científicos.

No encontró nada más en la «boutique». Regresó a la salida. Antes de abandonar «La Strada», descolgó el teléfono. Llamó a la Policía. Con la conciencia tranquila salió de la «boutique».

Se preguntó Todd por qué tuvieron que asesinar a Eleanora. No cabía otra explicación que la de imaginar a Eleanora demasiado honesta para meterse en asuntos criminales. Sospechó algo, por alguna razón, debió descubrir que el supuesto Ordell la utilizaba para sus fines oscuros... y se quiso desligar de él. Eso debió serle fatal, ante un hombre sin conciencia ni escrúpulos, como Hasper Glenn.

Era una respuesta. No definitiva, pero sí posible.

CAPÍTULO VIII

El comisario Donetti sacudió la cabeza, irritado, y contempló con evidente malhumor al norteamericano.

—Usted me jugó una mala pasada esta tarde —dijo con disgusto, mientras fingía paladear un combinado de frutas, junto al piano de Cochran.

Todd sonrió y continuó tecleando una selección de viejas melodías americanas, en el intermedio para dar tiempo a reaparecer a Lucía Romano, la cantante. Tenía ante sí un vaso de *whisky* y soda, sobre el soporte del piano, y parecía ensimismado en su música.

—No debió enviar a sus muchachos a seguirme —respondió Todd, apenas audible, entre notas de su piano—. Yo juego limpio, comisario.

—Yo también Sólo quería que protegieran su vida. Es mi responsabilidad.

—Muy enternecedor —rió Cochran—. Acostumbro a protegerme solo. Es una vieja costumbre.

—No siempre se tiene la misma fortuna. Está metido en un buen enredo, Cochran.

—¿Cree que no lo sé? —Todd atacó suavemente «Stormy Weather»—. El tiempo se presenta borrascoso. Me pondré impermeable, comisario.

—Necesitará también un buen pararrayos. Esa gente tiene unos extraños métodos para matar a los que les estorban.

—¿Lo dice por Eleanora? Es lo habitual.

—Lo digo por McPather, por usted... Hay algo grande en todo esto. Me gustaría saber lo que es.

—Y a mí, comisario —mezcló las notas de «Tiempo Borrascoso»

con «Laura»—. Sospecho, sin embargo, que deberemos tener paciencia. Mucha paciencia. Hay demasiadas cosas en juego para precipitarse tontamente... Y ahora, disculpe. Mi compañera vuelve.

Donetti frunció el ceño, mirando de reojo hacia la pista. Cruzaba por ella la belleza morena y atractiva de Lucía Romano. La joven sonrió a Todd, mientras el comisario hacía un discreto mutis con su alto vaso de zumos de fruta.

—Tu regalo es precioso, Todd —murmuró Lucía, cuando estuvo ya junto al piano, inclinándose hacia él—. Acabo de desenvolverlo. ¿Por qué hiciste eso?

—Digamos que para que me recuerdes un poco cuando esto termine.

—Tonto... —musitó ella, humedeciendo sus labios—. No hacía falta eso para recordarte... Por cierto, vi la etiqueta. «La Strada». ¿Fuiste allá por... por...?

—¿Eleanora y sus...? —Todd se echó a reír—. No, no. Pobre chica...

—¿Pobre? ¿Por qué? —arrugó Lucía el ceño.

—No volverá por aquí. He oído algo por la radio, cuando venía al Club. Ha sufrido un accidente, o cosa parecida. La encontraron muerta.

—Cielos... —se asombró Lucía—. Eso es terrible.

—La muerte siempre es terrible. —Todd suspiró, iniciando una sonrisa—. Por eso es hermoso vivir. Y olvidar las cosas horribles. ¿Qué cantarás, Lucía?

—Para empezar..., algo napolitano. Alegre y movido. Eso me tranquilizará un poco...

Todd asintió. Y atacó algo napolitano: «Che la la».

En ese momento apareció en la puerta del «Whisky Club» Patricia Steele, la joven inglesa.

No venía sola. La acompañaba un caballero alto, fornido, levemente grueso, de cabellos blancos, abundantes y ondulados, ojos oscuros y penetrantes, nariz de halcón y boca prieta y delgada. Les escoltaban otros dos hombres de etiqueta, que Todd catalogó enseguida en una especie determinada: guardaespaldas.

El hombre fornido de pelo blanco vestía un traje caro y bien cortado. Sus manos aparecían enjovadas. El «*maitre*» se inclinó ante él con una cortesía rayana en la humildad. Todd oyó su nombre, en

una pausa musical.

—Por aquí, por favor... La mesa tres, señor Anapoulos...

Anapoulos. Spyros Anapoulos, el magnate. Todd entornó sus ojos, sin dejar de tocar el piano, acompañando a la melodiosa, dulce voz de Lucía Romano.

Y sus ojos se encontraron con la mirada sonriente y amistosa de Patricia Steele, fija en él.

Los aplausos terminaron, finalmente.

Todd Cochran se puso en pie, cansado. Se alejó del piano, mientras Lucía Romana lo hacía de su estrado, caminando hacia los camerinos del Club.

—Un *whisky* con bastante soda —pidió Todd en la barra—. Tengo sed.

Bebió con avidez. Encendió un cigarrillo. Iba a prenderlo con su encendedor cuando tuvo un instintivo gesto de inquietud. Luego, se encogió de hombros, prendiendo la mecha. Encendió el cigarrillo sin incidentes.

—Esta vez hubo suerte, Cochran.

Se volvió, sorprendido. La sonrisa de Patricia Steele estaba junto a él, con todo el resto de la inglesita. En traje de noche de color plata y negro, estaba encantadora. Su pelo rubio y sus ojos azules hacían un bello contraste con esos tonos y con el bronceo de su piel.

—¡Oh!, la princesa baja del pedestal de oro hasta el escalón final —comentó Todd, bajando de su taburete—. ¿Toma algo?

—Naranjada —rió ella—. No me gusta beber demasiado alcohol en una sola noche. Y no digas esas cosas de pedestales de oro. Anapoulos no es nada mío. Sólo un... un buen amigo, muy obsequioso. De cualquier modo, creo que mañana dejaré su residencia. No me gustan las atenciones excesivas.

—Usted parece ser que puede serle útil en sus negocios. ¿Le refirió ya lo de esta tarde?

—No —negó ella, tras una vacilación.

—¿No? —Todd enarcó las cejas—. ¿Por qué hizo eso? La tiene a usted de huésped sólo por saber lo que ocurrió con McPather. Usted, ahora, ya lo sabe.

—No sé por qué lo callo. No es prolongar las atenciones de Anapoulos, créame. Es... es que me parece más prudente meditar lo

que haga. Él sabe que hubo una explosión junto a «Villa Bordhelli». Yo le dije que la presencié cuando paseaba por la alameda, pero no vi las causas ni el origen. No sé si me habrá creído.

—Tenga cuidado —avisó Todd entre dientes, mirando hacia la mesa de Anapoulos. El griego no perdía de vista a Patricia. Ni a él—. Ese hombre puede andar tras algo más serio incluso que sus negocios turísticos en San Remo. Y usted está metida en una especie de palacio del ogro, de donde sería muy difícil sacarla, en el caso de que fuera preciso hacerlo.

—¿Usted intentaría eso por mí? —se sorprendió Patricia.

—Puede tenerlo por seguro —afirmó Todd, pensativo—. Pero vale más que no llegue la ocasión. Usted viva alerta. Si ve algo raro, salga de «Villa Bordhelli»... y no vuelva. Cualquier pretexto bastará para engañar a Anapoulos, si lo finge bien y parece inocente del todo.

—Cochran, usted... —Ella le miró fijamente de pronto, con una seriedad sorprendente—. Usted, ¿es realmente lo que parece?

—No la entiendo —mintió Todd, tranquilamente.

—¿Es... es un pianista de verdad, un artista en gira por Europa?

—¿Tan mal lo hice que duda de mí? —se quejó Todd, plañidero.

—No sea tonto. Sabe que toca muy bien. Me gustó mucho. Pero eso no responde a mi pregunta...

—Mire, muchacha. Su anfitrión se impacienta. No quiero escenas. Y menos con un tipo rodeado de guardaespaldas.

—Sí, tiene razón —suspiró Patricia—. De todos modos, usted no me diría la verdad, si fuera otra. Le haré caso. Tendré cautela. Fingiré inocencia. Pero voy a vivir muy alerta de hoy en adelante. Hasta luego, Todd. Espero que, al menos, tenga el valor de sacarme a bailar, en otra pausa de su actuación. Anapoulos no se lo va a comer por eso.

—No pensaba en mí, sino en usted —sonrió Todd—. Pero iré, descuide.

Patricia se alejó lentamente. Se acomodó a la mesa, Anapoulos la atendió con la obsequiosidad de un hombre que trata de ser cortés, caballeroso y correcto ante todo. Pero a Todd Cochran siguió sin gustarle. Ni Anapoulos ni su actitud con Patricia Steele.

La segunda pausa llegó. Todd se dispuso a atacar de frente, yendo a invitar a Patricia a un baile. Eso le haría cruzar la palabra

con el magnate griego. Estaba seguro de que ello no haría feliz a ninguno de los dos, pero valía la pena iniciar el contacto.

Le interrumpió el muchacho del bar, acercándose a él.

—Señor Cochran, le llaman al teléfono. Es urgente.

Todd dio las gracias al muchacho y acudió al vestíbulo del Club, metiéndose en la cabina telefónica, que cerró cuidadosamente.

—¿Cochran? —Sonó una voz familiar—. Soy Donetti.

—Le escucho, comisario —suspiró Todd—. ¿Qué ocurre ahora?

—Hay malas noticias. Comunique con su «familia» de América. Yo acabo de recibir noticias de Madrid sobre su «tío» Turner. ¿Entiende, Todd?

—Sí, claro. ¿Qué ocurrió en Madrid?

—Su «tío» parece que eligió un camino más seguro para volver a casa: Torrejón, y una línea militar americana. Pero no pudo lograrlo. La Policía española ha informado a los Estados Unidos y a Interpol. Turner ha desaparecido sin dejar rastro. Y su esposa, Stella, apareció muerta en un chalet de las afueras de la capital española...

—¿Muerta?

—Degollada, Cochran. No se sabe por quién...

—Sí, Cochran. Degollada con una espada española, un recuerdo de Toledo que afilaron cuidadosamente antes de asestarle el golpe. En cuanto a Bernard Turner, el único profesor superviviente, se ha eclipsado sin dejar rastro. Había señales de violencia en el chalet que alquilaron en la Colonia del Viso, de Madrid. La teoría policial es que penetraron violentamente en el chalet, asesinaron a la dama y secuestraron al marido. Nosotros creemos también en esa posibilidad.

Todd Cochran sacudió la cabeza, con estupor. Esto lo trastornaba todo. La tercera parte de la fórmula, en poder, de... de ellos. De los mismos que mataron a Warden y a Duval, a Eleanora Elba, a McPather... Eso era un desastre.

Si Turner hubiera llegado a Washington con su tercer fragmento del secreto científico... Eso hubiera significado una esperanza, la posibilidad, al menos, de que el adversario nunca tendría completo el secreto de aquella energía destructora y desconocida.

Poco más podían confirmarle desde el

F. B. I.,

a través de su emisor-receptor de radio. Lo cerró, con cansancio, y lo guardó de nuevo dentro de su Biblia, que pasó al maletín del portaequipajes de su automóvil. Cerró éste y regresó lentamente al interior del «Whisky Club».

Era el fin de toda esperanza. Ahora, con Turner en su poder, los que obtuvieron el secreto fragmentado de Duval y de Warden podían fabricar aquella energía o vender el secreto a cualquier potencia.

Cuando pisó la sala, trató de olvidar lo que le habían informado desde la oficina de Donetti en San Remo y desde la emisora federal norteamericana, para dedicarse únicamente a Patricia Steele, cuyo papel veía cada vez más erizado de riesgos, en aquella especie de trampa inexpugnable que podía llegar a ser «Villa Bordhelli», si parte de su teoría era cierta.

Se detuvo en medio de la pista cuando iniciaba la marcha hacia la mesa de Spyros Anapoulos decididamente.

Allí no quedaba ya nadie. Un camarero recogía los servicios. Anapoulos y los demás habían desaparecido. Incluso Patricia Steele, naturalmente.

Todd se aproximó, decidido, al camarero.

—¿Qué sucedió? —preguntó secamente—. Esos caballeros y la dama que iba con ellos me esperaban. ¿Se han marchado ya?

—Tuvieron que hacerlo, señor Cochran —asintió el camarero—. Y muy deprisa.

—¿Tuvieron que hacerlo? ¿Por qué? —Se inquietó Cochran.

—Bueno; ellos... ellos se vieron muy alarmados por lo que le sucedía a la señorita... Ella se sintió tan repentinamente indispuesta... Incluso se desvaneció. El señor Anapoulos dispuso enseguida que se retirasen todos...

Todd juró rabiosamente entre dientes. Se apartó de la mesa, furioso consigo mismo. Debían haber intervenido antes, arrancándole a Anapoulos de sus garras a la joven inglesa. Ahora ya era tarde.

Algo había sucedido. Algo más que la desaparición de Turner en Madrid, con el asesinato de su esposa. Algo allí, en San Remo. Repentinamente, Patricia Steele había dejado de tener la confianza del griego. Y aquella «indisposición» sólo podía obedecer a algo: una droga o un narcótico, para llevársela rápidamente del local.

¿Fue su charla con él la que precipitó las cosas? ¿O el hecho de que ella ocultara los incidentes de aquella tarde en el camino de «Villa Bordhelli»? De cualquier modo, Todd se sintió repentinamente culpable de lo que pudiera ocurrirle a Patricia.

—Todd, es nuestro turno —le avisó Lucía Romano, parándose junto a él—. Tercera y última parte del programa...

—Lo siento —replicó él, abrupto—. Actúa con otro pianista, Lucía...

—¿Cómo? ¿No vas a actuar tú?

—Lo siento. Tengo otras cosas que hacer —masculló Todd.

Y ante el gesto de sorpresa de su *partenaire*, se precipitó al exterior, dando por terminada su actuación en el Club por aquella noche. Y quizá por todas las restantes noches...

CAPÍTULO IX

Los ladridos le pusieron en guardia inmediata.

Eran muchos y dispersos. Contó, al menos, hasta cinco o seis voces perrunas, salpicando la noche oscura, entre las arboledas. Media docena de mastines en libertad. Un peligro demasiado grande. Los dientes de cualquiera de ellos serían tan terribles como una serie de cuchillos asestados contra su carne.

Todd Cochran se detuvo, tras haber separado los barrotes que ya serrara en una ocasión, disimulando después su apariencia. En cuanto penetrase en la finca estaría a merced de Anapoulos y no podría nadie reclamar jamás cosa alguna, si su cuerpo aparecía triturado por los mastines de la residencia. Anapoulos estaba en su perfecto derecho al guardar como mejor quisiera su propiedad.

Sin embargo, los perros no iban a bastar para detener a Cochran en su empresa. Renunciar a ello era como dejar a Patricia Steele, valioso testigo de los sucesos de San Remo y acaso un peligro ya para la seguridad de Anapoulos, a merced de los mismos criminales que, en asociación perfecta, extendían sus delitos por toda Europa. Desde Dinamarca a España y desde Italia a la Unión Soviética.

Entró en la finca. Previamente, había extraído de sus bolsillos dos objetos distintos. Un botellín plano, de plástico, herméticamente cerrado, y un tubo de cápsulas de color aluminio.

Destapó el botellín, derramando su contenido encima de sus manos, rostro y ropas. Tiró luego, el botellín y respiró hondo. Ningún olor llegaba hasta él. Pero no sucedería igual con el olfato de los perros. Aquel repelente especialmente creado para combatir a los mastines, ahuyentaría de sí a los perros de Anapoulos, impidiéndoles atacar. Era un producto del

F. B. I.,

que Todd llevaba en su equipaje y del que se había provisto al saber, por los ladridos escuchados aquel mismo día, que Anapoulos tenía mastines para vigilar su propiedad.

Avanzó más decidido, empuñando su automática silenciada en una mano y las cápsulas color aluminio en otra, sin haberlas extraído de su tubo.

No tardaron en aparecer los mastines. Ladraban ruidosamente. Ése era el peligro. Si insistían mucho en sus ladridos, acudirían los guardianes de la finca a averiguar el motivo de tanto escándalo.

Le exhibieron sus dientes feroces, con ojos que brillaban cruelmente en la oscuridad, pero sus ataques no pasaron de simples amagos, frenados todos en seco por el olor que se desprendía del cuerpo de Todd, repeliéndoles violentamente.

Cochran sabía que los efectos del repelente no eran duraderos. Y que los ladridos volverían inmediatamente, con más furia que antes, si cabe, ante la impotencia de los perros para atacar a su víctima.

Todd había previsto todo eso también. Y, por supuesto, el propio F. B. I.

antes que él. Para eso estaban las cápsulas de color aluminio. Era cruel, pero necesario. En misiones donde la muerte era el posible premio a un fracaso, no se podían tener escrúpulos.

Destapó el tubo. Arrojó las cápsulas al suelo. Los perros se lanzaron sobre ellas en jauría violenta. Tenían un especial aroma que las hacía sumamente atractivas para el olfato de cualquier perro. Su sabor era también una tentación para los canes.

Los dejó allí, agrupados en un círculo feroz, devorando las tabletas entre gruñidos. Dentro de unos segundos serían solamente media docena de cadáveres. Ellos tenían que morir. Era su única salida para continuar moviéndose por allí. Y también para salir de la villa..., si es que salía.

Se adentró por los bosques cercados, ya solamente con su automática en la mano. Directamente hacia la finca central y con todos sus sentidos bien alertas, preocupándose solamente de no ser oído ni apercibido. Pegado a los troncos de árbol, a cualquier cosa que sirviera de protección a su agazapada, sigilosa figura, elástica y ligera como un felino en movimiento.

Llegó al claro central, al gran edificio donde residía Anapoulos, cuando ocupaba la villa, en sus permanencias en San Remo.

Todd rodeó las edificaciones anexas, hasta alcanzar la principal. Pegado al muro, rehuyó los claros de bosque de los árboles, donde la noche daba un poco de claridad. Al llegar a un ángulo del edificio tuvo que detenerse, pegando la espalda al muro y conteniendo el aliento.

Dos hombres deambulaban por el exterior. Vio sus armas en las manos. Eran fusiles ametralladores. Una precaución que no hizo sino acrecentar sus sospechas y su convicción de que estaba en el buen camino. Nadie se hace proteger por hombres armados con armas así, a no ser que se guarde algo realmente importante y no se quiera correr riesgo alguno.

Pasaron de largo los dos hombres, sin pronunciar entre sí una sola palabra. Se alejaron, siempre paseando en círculo en torno a la casa. Todd esperó para soltar el aire de sus pulmones y seguir moviéndose en las sombras, en busca de alguna entrada al edificio.

Descubrió finalmente una ventana de la planta inferior. Una de las contraventanas de madera estaba sin encajar. Rápidamente utilizó su anillo provisto del diamante especial. Hendió el vidrio, que se sujetó sobre la contraventana, sin caer. Eso impidió el choque ruidoso. Lenta, cuidadosamente, las manos de Todd se internaron por el boquete, rozando su filo, que arrancó su piel. Tomó el fragmento de vidrio, dejándolo caer al interior lo más suavemente posible. Chascó en el suelo, imperceptiblemente casi, sin llegar a quebrarse. Todd, sin embargo, esperó, con sus sentidos bien alertas y el arma a punto. No sucedió nada.

Cochran suspiró, introduciendo la mano de nuevo. Soltó la falleba. Empujó la hoja abierta, entrando. Una vez dentro, cerró con cuidado, sin ajustarlo, pero de forma que, desde el exterior, diese la impresión de estar encajado.

Ya estaba dentro de la casa. Se aventuró por un corredor en sombras. Alcanzó una escalera amplia, que subía desde un gran vestíbulo a la planta alta. Empezó a remontarla, escalón a escalón, en el mayor silencio.

De pronto se detuvo. Aguzó el oído. Percibió voces. Apenas un murmullo lejano, en el piso alto. Voces apagadas, roce de pasos, cosas así.

Era algo. Se movió lentamente, ya en el piso alto. Largos corredores, puertas numerosas... Cualquiera podía ser la que él

buscaba. Pero las voces llegaban de más lejos. Del fondo de aquel pasillo.

Todd Cochran se movió despacio, pegado siempre a la pared. Alcanzó las dos últimas puertas. Una estaba entreabierta. Era de hojas deslizantes, sobre una guía bien engrasada. Todd no necesitó moverla. Pasó por el hueco. Se encontró en una habitación amplia. La claridad llegaba por una rendija de otra puerta deslizante, al fondo, Leve claridad, pero que bastaba a descubrir la naturaleza del recinto: una biblioteca, con los muros materialmente atestados de libros, volúmenes forrados en rojo casi todos, con letras doradas. Anaqueles, estanterías, muebles encristalados, vitrinas con incunables cuidadosamente dispuestos sobre lecho de terciopelo... Otro costoso capricho de Spyros Anapoulos. Se podía permitir ésos y muchos más, evidentemente. Caprichos como jugar con vidas humanas, con pueblos, con el destino de la Humanidad acaso...

Todd Cochran se movió ahora con infinitas precauciones, hasta alcanzar la puerta deslizante, a la que se pegó, tenso, escudriñando la sala vecina, a través de la rendija luminosa de la puerta sin ajustar.

Su ojo descubrió un gabinete o sala de estar muy amplia y confortable, con suntuosos muebles, chimenea de estilo colonial, divanes tapizados en azul y cristalerías costosísimas, alineadas en vitrinas y repisas de mármol.

Cuadros de la escuela renacentista italiana, acaso legítimos, salpicaban los muros. Anapoulos incluso se podía permitir el lujo de tener un Botticelli o un Tintoretto, lo mismo que un Leonardo.

Lo que atrajo la atención de Cochran, sin embargo, no fueron los cuadros ni los muebles, sino las personas que ocupaban la estancia. Personas cuya presencia allí resultaba reveladora para el agente federal norteamericano y confirmaba todas sus teorías en torno a aquella extraña intriga europea.

Primero, descubrió a Patricia Steele. En medio de todos, acomodada en el diván azul del centro. Pálida, encogida, como medrosa, contemplando con ojos aturridos a los demás. Tras ella, un guardaespaldas de Anapoulos parecía montar guardia especial dedicada a la joven.

Allí estaba también el presunto Howard Ordell, el acompañante de Eleanora Elba, la dama de los senos magníficos, la noche antes

en el «Whisky Club». Ordell, de quien Todd estaba cada vez más convencido que su verdadero nombre era Hasper Glenn. Cosa que no iba a tardar en comprobar por sí mismo.

Spyros Anapoulos completaba la escena. Magnífico, arrogante, poderoso, vital y magnético, con su humanidad gigantesca erguida ante los demás, cruzado de brazos como la estatua de piedra de un coloso destinado a la inmortalidad.

—Ha sido usted una pequeña y estúpida ingenua, mi querida Patricia Steele, al pretender engañarme —hablaba rudamente Anapoulos, con un inglés seco, tajante, en el que para nada se descubría el meloso acento griego—. Yo la retuve a mi lado porque dudaba de la eficacia de esa supuesta arma pavorosa y creía que formaba parte de una jugarreta de mi buen amigo Glenn, para supervalorizar la fórmula que desea venderme a mí y a mi organización mundial por el poder supremo... Quería saber, si era realmente un testigo casual... o era un fraude de Glenn para dorarme la píldora.

—No debió pensar eso de mí —se lamentó el falso Ordell—. Jugué limpio con usted. La fórmula puede ser suya y va a serlo. Los millones que usted dé por ella, en realidad, son un precio miserable por algo tan valioso que Rusia, China o los Estados Unidos no vacilarían en dar la mitad de su tesoro.

—Al diablo con ellos todos —farfulló Anapoulos—. Quiero ser yo quien gobierne el mundo. Yo, Glenn. Y para eso necesito algo que asuste e intimide a todos. Lo demás está en marcha. Mi Organización Supranacional, el gran grupo de financieros mundiales asociados a mí... Todo eso está en marcha. Y sólo hace falta el espolonazo que ante todos sería ese... ese ingenio maravilloso de la «Energía Nova».

—Hasta ahora, solamente ha asistido usted a pruebas de pequeño calibre, simples ensayos en dosis pequeña... —rió Glenn—. La muerte de McPather, el agente inglés que descubrió su Organización Supranacional y su contacto conmigo para la obtención de la fórmula, fue una prueba pequeña.

—Como pudo serlo el final de ese agente americano que usted denunció —dijo Anapoulos—. El pianista del «Whisky Club»... ¿Cómo averiguó usted, Glenn, que era miembro del F. B. I.

norteamericano?

—No era difícil —sonrió Glenn fríamente—. Tengo contacto con el hampa. Buenos contactos. Y con agentes europeos de muchos servicios secretos. Me dieron informes de muchos agentes ingleses y americanos en Europa. Ese Cochran era uno de ellos. Le identifiqué, al verle desde el despacho de Eleanora, ayer al ir a comprar los obsequios. Imaginé lo que buscaba. Pero también lo imaginó Eleanora, que sospechaba ya de mí. En cuanto supo lo de la explosión, recordó que yo manipulaba los encendedores y que ya antes me había visto un encendedor que no era mío, con las iniciales N. McP, que yo dije estar preparando para un amigo. Eso fue cuando salí de San Remo y sorprendí a McPather en un hotel de Mónaco, cambiando la carga de su encendedor por una de las cargas receptoras de la onda de «Energía Nova», cosa que tuve que hacer en San Remo, para volver a Mónaco y dejar nuevamente en poder de McPather su encendedor, con la muerte dentro. Eleanora sospechaba todo eso, relacionó con McPather el encendedor y las cosas se pusieron feas. Quería denunciarme. Tuve que matarla, usted lo sabe...

—Sí, pero Cochran se salvó.

—Yo no podía saber que ella recordaría el incidente del encendedor —gruñó Glenn, señalando furioso a Patricia—. Y así tuvo que ser, para que él tirase a tiempo, lejos de sí, el encendedor. La onda de la energía fue derecha a su receptor y se libró Cochran de la muerte.

—Y la necia nos ocultó todo eso —dijo sarcástico Anapoulos, señalando a la joven inglesa—. Jugaba a engañarme. ¿Por qué, encanto? ¿Eres acaso agente inglés?

—No, no lo es —intervino Glenn—. Sé que no es ningún agente. Comprobé todo respecto a la chica. Es Patricia Steele y trabaja en unas oficinas de Londres. Sólo que se las dio de lista al recordar lo del encendedor, pensó que usted tenía demasiado interés en ello... y su imaginación puso el resto.

—Imagino que esta noche, en el «Whisky Club», hablando con ese americano, habrá tenido ocasión de confirmar su sospecha y se dispondría a traicionarme, entregándome a las autoridades —rió Anapoulos, despectivo. De súbito, abofeteó a la muchacha—. ¡Pero Spyros Anapoulos es demasiado poderoso, demasiado grande para

que un perro americano y una estúpida y mediocre muchacha inglesa puedan hacerle el menor daño! Soy grande, sí. Y lo seré más aún cuando esa fórmula obre en mi poder... Glenn, ¿cuándo tendré la «Energía Nova» en mis manos?

—En el plazo prometido —sonrió Glenn—. Creo que esta misma noche, como convinimos.

—En cuanto ello sea cierto, yo daré la orden al Banco Mundial para que ustedes cobren sus millones de dólares, el precio convenido, Glenn —prometió Anapoulos—. Y ustedes saben bien que cualquier fallo, cualquier traición o engaño significaría la muerte para ustedes, por mucha «Energía Nova» que tengan. Mi Organización les probó su eficacia, llegando hasta Duval y Warden, no importa donde estuviesen...

—Y nosotros probaremos nuestra buena fe, entregándole esa fórmula tan ansiada, Anapoulos —aseguró Glenn—. Ya está en camino, usted lo sabe. Llegará aquí de un momento a otro...

—Confío en ello. Ustedes saben que ningún Gobierno hubiera pagado lo que pago yo. No es tan fácil pactar con un Estado como hacerlo conmigo, con Spyros Anapoulos, que está dispuesto a ayudar a sus amigos, cuando éstos se presten a ayudarlo a él...

En esos momentos, enmudecieron ambos hombres. Solamente se escucharon los sollozos ahogados de Patricia Steele. Y un ruido cercano. Un motor de automóvil, allá en el exterior. Todd Cochran se puso rígido.

La sonrisa de Glenn se amplió repentinamente. Agitó sus manos.

—¡Ya lo tenemos ahí! —señaló, entusiasmado—. Él llegó ya... con la «Energía Nova». Va a ser usted el hombre más poderoso y temido de la Tierra, Anapoulos.

—Eso espero —los ojos del griego brillaron, crueles—. Y ustedes, Glenn, dos de los hombres más ricos del mundo. Habrá valido la pena, ¿no creen?

Glenn asintió. Abajo se percibieron voces, pasos, sonido de puertas que se abrían y cerraban...

Finalmente, los pasos se detuvieron en el corredor, ante la puerta del gabinete que Todd estaba espiando. Cochran dispuso su arma, en previsión de cualquier contingencia.

—Adelante —ordenó Anapoulos, tras un suave golpeteo en la hoja de madera.

La puerta se abrió. Entraron dos hombres del griego, armados y silenciosos. Se hicieron a ambos lados, como vigilantes de un palacio inexpugnable. Dejaron entrar a alguien.

Un hombre alto, grave, pensativo, de rostro inteligente, cuya fría mirada fue primero a Anapoulos, y luego a Glenn con un leve gesto de saludo.

—Bienvenido a mi casa —saludó Anapoulos impaciente—. ¿Sin novedad?

—Sin novedad —asintió el recién llegado.

—Espera la fórmula —explicó Glenn—. Dará orden inmediata para que nos paguen los cien millones...

—Conforme. La fórmula está aquí —sonrió el recién llegado—. Será suya ahora mismo. Solamente faltará un pequeño dato que la hará inútil, en tanto no se lo entregue. Y eso sólo lo haré tras cobrar los cien millones...

—No se fía de mí, ¿eh? —comentó Anapoulos, tenso.

—No me fío de nadie —rió el recién llegado—. ¿Conforme con mis condiciones, señor Anapoulos?

—Conforme con ellas..., PROFESOR TURNER —contestó lentamente Anapoulos.

Todd Cochran reculó levemente, sorprendido por aquel factor inesperado del asunto.

Y apenas acababa de saber la identidad real del verdadero traidor científico, cuando al retroceder instintivamente chocó con el frío cilindro metálico que se apoyaba en su nuca ahora.

Una voz sorda le interpeló junto al oído:

—Intente utilizar su arma ahora, y le volaré el cráneo. Tire esa pistola. Será lo mejor.

Todd había sido sorprendido. Lo sabía. Como sabía que estaba derrotado y no podía hacer nada por evitarlo. Soltó su arma, que cayó al suelo.

CAPÍTULO X

Bien, bien... ¿De modo que el señor Cochran quiere honrarnos esta noche con su asistencia?

Todd encajó bastante bien la ironía de Anapoulos.

—La señorita Steele y yo nos hemos hecho buenos amigos. Me parecía mal dejarla sola en la velada. Y aunque algo retrasado..., llegué a la cita.

—Está usted loco, Cochran —suspiró Glenn fríamente—. Van a matarle.

—Sí, lo imagino. —Todd fingió no percibir los sollozos de Patricia, ni ver su patética expresión de dolor dirigida hacia él—. ¿Qué procedimiento emplearán? ¿La «Energía Nova»? ¿O una vulgar bala de pistola?

—Con usted vale la pena emplear lo mejor —sentenció Anapoulos—. La «Energía Nova» será digna de su personalidad, Cochran. Y esta vez, no fracasará.

—Cierto que no —sonrió Bernard Turner, clavando sus fríos ojos en Todd—. Cualquiera que sea receptor de esa forma de materia destructora, perecerá.

—Conozco ya ese ingenio, profesor —replicó Todd glacialmente—. Una vez me libré de él. Puede repetirse la suerte, no lo dude. Usted será quien pague al final sus delitos y sus vilezas. Usted debe mucho a la sociedad y a la Ley: la vida de sus compañeros Warden y Duval, muertos por orden suya. El fin de McPather, el asesinato de su esposa en España... ¿Qué ocurrió en Madrid, profesor? ¿Se negó su esposa a secundarle en su vergonzoso plan de traición, no sólo a su patria, sino a la Humanidad entera?

—Cállese, Cochran, maldito sea —se enfureció Turner—. Yo amaba a Stella. Era joven, hermosa..., pero endiabladamente

honesta. Me prefería como un abnegado y pobre servidor de la Ciencia, la patria y todas esas tonterías que la gente se ha inventado para justificar el servilismo colectivo de los pueblos a unos gobernantes sin conciencia y sin dignidad.

—Si ellos no la tienen, ¿quién es usted para censurárselo, cuando sirve a un monstruo mil veces peor que el más tiránico y cruel de los Gobiernos? —Se enfureció Todd, señalando a Anapoulos—. El poder del dinero, de la fortuna hecha con sangre ajena, del que se cree superhombre y es sólo una bestia sin conciencia, elevada sobre montones de cadáveres, miserias y ruindad, hambre y privaciones, hasta la cúspide de la humana fortuna... ¿A «eso» sirve usted, profesor Turner? ¿«Eso» es mejor que un régimen político, por equivocado que éste pueda estar?

—Basta. Ya se habló demasiado aquí —cortó Anapoulos—. Usted, Cochran, es un enemigo de cuidado. Sólo así se explica que haya llegado tan lejos en su aventura. Ya sé que mató a mis perros y llegó aquí por sus propios medios. Ése es su error. Actuó solo. Y le va a costar la vida.

—Donetti... —Todd creyó entender entonces todo—. Claro, ahora lo veo bien. Glenn, usted no tiene servidores en el hampa europea. Lo que tiene son espías bien pagados «dentro» de ciertos organismos policíacos europeos. San Remo es uno de ellos. Un hombre cualquiera de la comisaría, es su confidente. Él le dijo que Todd Cochran era un agente americano, no un artista. Ahora, sabe que trabajo solo, sin Donetti. Y por eso está tan seguro de sí mismo, maldito sea.

—Es muy listo el tal Cochran —sonrió Glenn—. Creo que es hora de salir de aquí, Anapoulos, y sentenciar definitivamente a muerte a esos dos tipos. La inglesita y él tienen que desaparecer. Ni Donetti ni los demás podrán nunca echarnos el guante...

—Cierto que no —convino el rico griego—. Mi yate «Olimpia» está en la bahía de San Remo. Iremos todos a bordo. Partiremos hacia alta mar. Ustedes tendrán su orden bancaria de cien millones, y el profesor Turner irá a cobrarla. Entonces, usted, Glenn, quedará en libertad, cuando él nos dé la clave de la fórmula. Y todo se habrá resuelto. ¿Disponen de más energía ya fabricada, que sirva para esta emergencia?

—Por supuesto —sonrió Turner diabólicamente. Hurgó en sus

bolsillos. Extrajo algo infinitamente delgado y pequeño, como un disco de plástico, con un grano azul intenso en su centro. No era mayor que una moneda americana de veinte centavos—. Helo aquí, caballeros.

—¿Qué es eso? —se interesó Cochran vivamente—. ¿El explosivo?

—Oh, no, no —rió Turner agudamente—. Es usted muy ingenuo, Cochran. Ningún explosivo es tan tremendamente pequeño, mi estimado compatriota... Se trata solamente de una célula fotoeléctrica de tipo especial, intensamente magnética y absorbente de una determinada radiación. El explosivo, como usted le llama, no es tal, sino una energía por liberar, concentrada en un proyector a distancia, en cierto sitio que solamente yo conozco por ahora... Esa energía se libera solamente por impulsos electromagnéticos a distancia, en ondas de una determinada frecuencia, como las emite esa célula tan pequeña que usted ve. Se puede aplicar a cualquier cosa: un encendedor, una luz cualquiera, como una linterna o un fósforo si se desea... Cuando ese fósforo, esa luz, ese encendedor, o esa lámpara arde, la célula se alimenta de energía luminosa y emite ondas al proyector a distancia. Así, por control remoto, la energía se libera y parte en ondas invisibles hasta su meta, que es la propia célula liberadora. Entonces se produce la combustión total... y el estallido demoledor.

—Muy ingenioso —suspiró Todd—. Terriblemente ingenioso y cruel. Una energía capaz de dar grandes bienes al mundo, aplicada pacíficamente, ¿no es cierto, Turner?

—Bien cierto —rió el profesor—. Pero la paz no da riquezas a nadie. Los grandes millonarios lo fueron en guerra, en la violencia.

—Todo está claro ahora, pero ¿qué clase de energía crearon usted y sus dos camaradas asesinados, Turner? ¿Algo de tipo nuclear acaso?

—No, no. Eso sería rudimentario. Sencillamente, hemos logrado absorber y concentrar... la energía cósmica.

Energía cósmica.

Era eso. Radiaciones cósmicas controladas, concentradas, dirigidas. Una escasa dosis de esa energía, bastaba para demoler edificios, hombres, ciudades, acaso pueblos. Mil veces peor que el átomo. Mil veces peor que todo.

Impotente, tenso y pálido, rodeando a Patricia Steele con un brazo, vio cómo se adhería ese pequeño disco de plástico, transparente, a una lámpara de bolsillo con baterías eléctricas, a las que Turner hacía una conexión simple, uniendo el granulo azul al punto de reflejo de esa luz, y la lámpara a un reloj, en el que manipuló el minuterio.

—Perfecto —suspiró Turner al fin—. Una hora nos basta para llegar a la playa, subir a su yate y alejarnos, Anapoulos. En una hora, el reloj accionará el contacto, se encenderá la luz de la lámpara, y su radiación calorífica accionará el gránulo azul fotoeléctrico, que emitirá la vibración de ondas precisa para atraer la energía aquí. «Villa Bordhelli» volará en mil pedazos. ¿Vale la pena perderla, Anapoulos?

—Cualquier cosa vale la pena, a cambio de esa riqueza inmensa que es la energía cósmica, o «Energía Nova», como la llamó su colega Warden —rió Spyros Anapoulos felizmente—. Ligen bien a nuestros amigos... y vamos ya, profesor. No perderemos ni un minuto más.

Turner asintió, encendiendo parsimonioso un cigarrillo con su encendedor. Una llama que no ofrecía peligros, pensó Todd Cochran sombríamente, recordando a McPather y recordándose también a sí mismo, cuando tuvo la muerte tan próxima...

Y todo por aquella maldita, pequeña, delgada cápsula de muerte.

Fue como un arrebato de furia. Se precipitó sobre Turner cuando ya los esbirros de Anapoulos iban derechos a él, para ligarle, junto con la inglesita.

Todd Cochran saltó como impulsado por una catapulta, como si su felino cuerpo todo fuese de goma elástica y violenta, lanzada sobre Bernard Turner, el traidor y asesino que se había propuesto vender la fórmula total, enriqueciéndose a costa del poder sin límites de Anapoulos.

—¡Cuidado! —aulló Glenn.

Ya el joven norteamericano aterrizaba violentamente sobre Turner, de cuyas manos escaparon cigarrillo y encendedor, al tiempo que derribaba la mesita donde había situado el reloj, lámpara y conexiones. Todo ello volteó, entre los brazos y piernas de Todd, de Turner, y del propio Glenn, que había corrido rápido a evitar la agresión del americano.

Fue un barullo tremendo por el momento. Turner recibió un seco golpe de Todd y quedó conmocionado. Debajo del cuerpo del profesor y del enfurecido de Todd, que no paraba de manotear y golpear en todas direcciones, quedaban cigarrillo, encendedor y mecanismo mortífero.

—¡Pronto, reduzcan al americano! —aulló Anapoulos—. ¡Si no pueden hacerlo dejándole vivo..., MATENLO!

Los guardaespaldas de Anapoulos se dirigieron hacia Todd. Patricia Steele, inesperadamente, actuó en favor de Todd. Su pierna esbelta y bien torneada se estiró. No pudo admirarla ninguno, porque lo que hizo fue poner una hábil zancadilla a los dos guardianes, que rodaron, maldiciendo y haciendo más confusa la situación.

Rabioso, Anapoulos extrajo de su propio bolsillo un arma de fuego, una pesada automática, de calibre «38», con la que se precipitó sobre el grupo.

Tuvo bastante fortuna. La cabeza de Todd asomó entre el revuelto montón de cuerpos humanos. El griego no vaciló. Descargó el cañón del arma contra la nuca del agente federal. Cochran rodó de bruces, con un ronco gemido. Se quedó inmóvil...

—Bien —suspiró Anapoulos rabiosamente—. Asunto liquidado, señorita Steele. Es mejor que no intente usted nada. Todo se hará conforme a lo previsto. Y de prisa, Glenn. El tiempo transcurre ya, y sólo disponemos de una hora, que al menos se ha reducido ya a cincuenta y siete minutos...

—Cincuenta y siete y diez segundos —rectificó roncamente Glenn, recuperando el mecanismo, aún conectado, que situó sobre la mesita—. Nos daremos prisa, sí...

Maniataron a Todd Cochran y a Patricia, juntos ambos, de modo que no pudieran moverse ni desatarse mutuamente. Turner se rehízo, con ayuda de Glenn. Furioso, miró a Todd, mientras aplastaba de un pisotón su cigarrillo y recuperaba su encendedor.

—Vamos ya —avisó con rudeza—. Hay que prever cualquier pérdida de tiempo que podría sernos fatal. Es posible que esta carga sea tan fuerte, que alcance gran parte de San Remo, destruyéndola. Conviene estar lejos para entonces...

Patricia contempló a los asesinos con desesperación, sin poder hacer nada por demorar sus actos. Tres minutos más tarde, estaban

solos ella y el americano, en la habitación funesta donde, al encenderse la lámpara, la célula ultrasensible se calentaría, emitiendo la radiación mortal...

Sonaron puertas, motores de coches, voces que se alejaban definitivamente en la distancia. Y se quedaron solos. Solos en «Villa Bordhelli». Solos con la muerte...

CAPÍTULO XI

Solamente treinta y dos minutos...

Treinta y dos minutos para el fin. Y Todd Cochran despertó, lento, angustiosamente lento...

—Dios mío, Todd la onda energética... —gimió Patricia—. Falta media hora...

—Media hora... —Todd miró hacia la lámpara, en la sala en penumbras, con las luces parcialmente apagadas, salvo una lejana lámpara de rincón, que no podía dar calor a la célula mortal—. Es poco tiempo, sí... Falta ya muy poco...

—Pero ¿es que no se da cuenta? —se desesperó ella—. ¡Es NUESTRO fin, Todd! ¡El fin de su vida... y de la mía...!

—¿El fin? —Todd inesperadamente, soltó una carcajada áspera—. Sí, tal vez sea el fin, después de todo... Sólo espero que todo salga como tiene que salir...

—¿Es que se ha vuelto loco? —dudó ella, mirándole con horror, dudando del estado de sus facultades mentales—. ¡Le estoy hablando de nosotros! ¡De nosotros DOS! Vamos a morir, Todd Cochran... Esa lámpara, en cuanto el reloj suene, poniendo en contacto los dos cables de conexión, se encenderá... ¡Y volaremos en mil pedazos, junto con todo lo que nos rodea!

Todd Cochran la miró fijamente. Seguía sonriendo, seguro de sí mismo.

—Patricia, ¿cree realmente que atacué a esa gente en el último momento por simple desesperación? Admito que estaba desesperado, pero medí bien mis actos...

—¿Qué quiere decirme con eso?

—Patricia, pudieron matarme a mí, es cierto. Era un riesgo que corría. Pero valía la pena porque, si resultaba bien, usted salvaría su

vida a cambio. Y eso era suficiente para mí. Eso... Y que fuesen ellos los que cayeran, víctimas de su propia arma...

—No..., no lo entiendo...

—Sigue pensando que desvarío, ¿verdad? Que estoy loco... — Todd negó rotundamente con la cabeza—. No, patricia. Hice todo aquello por algo. Lo hice porque era la única forma de intentarlo...

—¿Intentar el qué?

—Intentar que dentro de esa media hora... sean otros los que se hagan pedazos. O mucho más. O mucho después, no sé aún...

Patricia Steele le miró con estupor, sin entender apenas nada. Diciéndose aún que Todd Cochran, al recibir el golpe de pistola en la nuca, había debido perder la razón...

—Faltan solamente diez minutos, Turner... Y ya estamos lo bastante lejos de la costa como para no peligrar en absoluto, aunque todo San Remo volase en pedazos —sonrió Spyros Anapoulos, consultando su reloj de pulsera y contemplando la iluminada panorámica de la ciudad en la noche, bordeando el mar de Liguria—. Es el momento de entonar un réquiem por Patricia Steele, testigo accidental, y por Todd Cochran, agente federal del Gobierno de Washington...

—Es mejor entonar un himno triunfa, Anapoulos —rió Bernard Turner, malévolamente—. Por su futuro poder sobre el mundo... y por nuestros cien millones. Siempre resultará más alegre, menos sentimental...

Los dos hombres soltaron la carcajada. Se les unió Hasper Glenn, procedente de las cabinas de a bordo del «Olympia», lujoso yate de Anapoulos, ya en navegación por el mar, lejos de la costa italiana.

—Dentro de quince minutos, propongo un brindis con el mejor champaña —dijo Glenn, risueño—. Por nuestro triunfo final, caballeros.

—Sí, por el triunfo final —asintió Turner, pensativo—. Por cierto, amigo Glenn, olvidé darle su recibo... El que le acreditará como propietario de cincuenta millones de dólares de mi total a recibir...

—Oh, profesor, cierto —sonrió Glenn—. Pero no corría prisa. Confío en usted.

—Hace mal en confiar en nadie, Glenn. Especialmente, usted y yo, que traicionamos a todo el mundo..., nunca debemos confiar en

nadie.

Y extrajo la mano del bolsillo. Pero no había ningún recibo en ella. Solamente un arma de fuego. Una automática poderosa, de calibre «45», que vomitó dos piezas contundentes, en un doble estampido.

Hasper Glenn, estupefacto, se llevó las manos al pecho, contemplando con horror a su socio en aquella traición. Luego, miró a Anapoulos, levemente sorprendido pero indiferente.

—Trai... ción... —jadeó Glenn, rabioso.

Vomitó sangre por su boca, mientras los orificios de su pulmón y su corazón goteaban también en rojo. Luego, Glenn se fue de bruces sobre cubierta, a los pies de su compinche y jefe, Bernard Turner.

—Liquidando a los socios, ¿eh, Turner? —habló frío Anapoulos.

—Eran demasiados millones para ese pobre cerdo —comentó Turner, glacial. Guardó el arma—. Me deshice ya de todos. ¿Por qué no de él, que ya no era útil?

—Me gustan sus métodos —rió Anapoulos—. Los demás no cuentan. Sólo nosotros.

—Exacto. Lo celebraremos los dos, pero nadie más. ¿Un cigarrillo, Anapoulos?

—Sí, gracias, —rió el millonario—. Luego vendrá el champaña. Tras la explosión...

—Conforme —le dio uno de sus cigarrillos y él puso otro en su boca—. Tras la explosión..., el brindis.

Prendió la llama de su encendedor.

No hubo brindis jamás. Pero si explosión. Terrible, devastadora, atroz... En medio de ella, el yate «Olympia» fue solamente fuego, chatarra, cuerpos humanos desgarrados, muerte y destrucción en un caos aterrador...

—¿Cómo lo hizo, Cochran?

—Fácilmente, comisario Donetti. Se trataba de nuestra vida o la de ellos. Lo intenté. Podía fracasar, pero no perdía nada.

—Y salió bien... —suspiró el comisario de San Remo.

—Sí, salió bien —asintió Todd—. En la confusión, arranqué la célula plástica de la lámpara, desprendí el encendedor de Turner, todo ello bajo mi cuerpo, en la pugna violenta en el suelo. Me costó trabajo manipular, pero lo hice. Adherí la célula al encendedor, lo cerré de nuevo... y justo entonces me llegó el golpe. Pudieron

sucedan muchas cosas: que ellos se dieran cuenta de que faltaba la célula en la lámpara, que Turner prendiese su encendedor allí mismo... Pero todo ello era el riesgo a correr. No perdía nada, y podía ganar mucho.

—Lo ganó, Cochran —se admiró el policía italiano—. Turner encendió la llama a bordo del «Olympia», acaso celebrando de antemano el desastre..., y la radiación de energía directa a la cápsula receptora adherida a su encendedor. Ellos habían dado por sentado que usted ni siquiera tocó la lámpara y que todo había sido un esfuerzo desesperado por huir de «Villa Bordhelli»... Tuvo suerte, Cochran. Mucha sí. Lo mismo que su joven amiga. Les felicito a ambos...

—Gracias, comisario. Pero de no haber sospechado usted lo que ocurría, nos habiéramos muerto de hambre y sed, olvidados en aquella villa. Cuando vi llegar a sus hombres, sentí ganas de besarle, Donetti.

—Pues ahórrese la molestia —replicó secamente el comisario. Luego se echó a reír—. Bien, creo que esto es el fin de la historia. Nunca sabremos realmente qué era esa energía, dónde está el secreto, el emisor de la misma, ni siquiera la fórmula. Todo se perdió con Turner, con Anapoulos, con Glenn... Pero usted y yo cumplimos nuestra misión. ¿Qué hará ahora? ¿Volver a tocar el piano en el «Whisky Club»?

—Me temo que perdieron allí a su atracción —rió Todd. Miró a Patricia, afectuoso—. Pat y yo iremos a bailar... y a saludar a Lucía Romano. Nada más.

—Nada más, Todd —le recordó ella, colgándose de su brazo—. Luego, nos marcharemos.

—Sí, nos marcharemos a Inglaterra —rió Todd—. Lucía no entenderá eso. Pero el comisario, sí.

—Creo que cualquiera lo entiende —sonrió Donetti—. Ambas son muy bellas..., pero usted se está enamorando de Patricia Steele. Les deseo buen viaje, pareja. Y una feliz luna de miel, si todo acaba como espero.

—Usted va muy de prisa, comisario —gruñó Todd, riendo—. Pero gracias, de todos modos.

Y salió de la comisaría de San Remo, con Patricia colgada de su brazo.

FIN



Las mejores obras de:
**"SUSPENSE", ESPIONAJE
Y POLICIACAS**
escritas por los mejores
autores del género



Más de 1.200 títulos en sólo dos
colecciones son prueba evidente
del favor que el público dispen-
sa a nuestras series populares



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

MORA LA NUEVA, 2 - BARCELONA (España)

PRECIO EN ESPAÑA: 10 PTAS.

Impreso en España